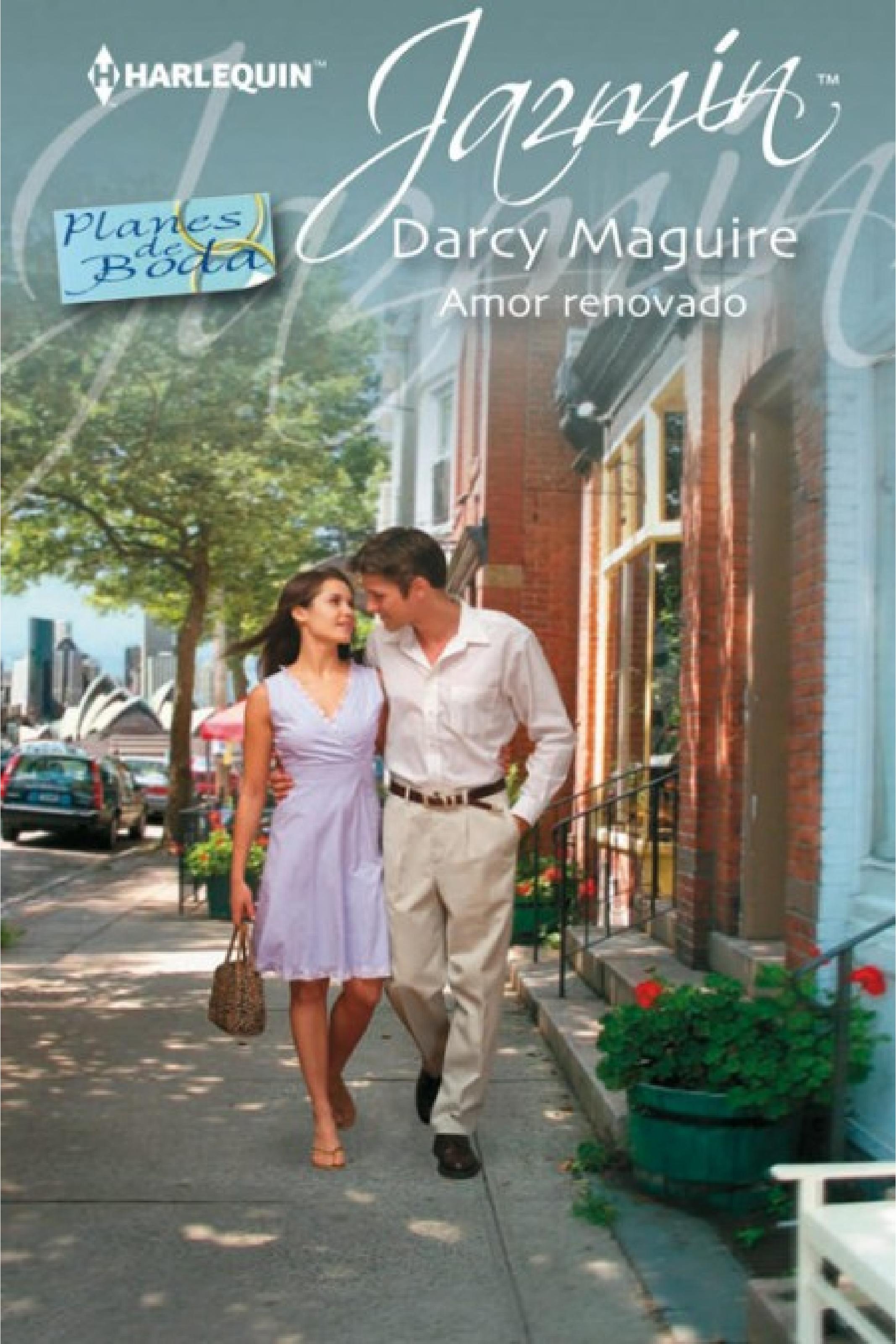

HARLEQUIN™
Jazmín™
Planes de Boda
Darcy Maguire
Amor renovado

Darcy Maguire Amor renovado

Colección: **JAZMÍN**
Número: **1949** - Páginas: **160**
Publicación eBook: **22/11/2012**

Argumento:

*Tema: **Niños***

Él no tenía la menor idea de que era padre... La organizadora de bodas Skye Andrews llevaba cuatro años ocultándole un secreto al célebre abogado Nick Coburn: tenían una hija... Pero ahora Skye debía organizar una boda en la que Nick iba a ser el padrino... y seguían sintiéndose tan atraídos como siempre. ¿Durante cuánto tiempo podría Skye ocultarle la razón por la que había tenido que romper su relación? ¿Qué pasaría cuando él descubriera la verdad?

Capítulo 1

Hombres de esmoquin.

Mmm.

Skye Andrews se paró en la puerta de la boutique de vestidos de novia Camelot y tomó aire varias veces disfrutando de la panorámica.

Cinco hombres altos lucían impecables esmóquines combinados con camisas blancas y corbatas de seda azules a juego con los pañuelos.

Estaban tan guapos y encantadores que parecían salidos de un cuento de hadas.

Desde luego, no se veían hombres así en un bar ni en una discoteca.

Skye se cruzó de brazos.

Aquella boutique, propiedad de Riana, su hermana pequeña, era la guinda del pastel al negocio que Skye tenía con su madre y con su otra hermana.

Aquel día, Riana no andaba por allí pues sabía que podía dejar todo en manos de su sastre, Charlie, que era de toda confianza.

En aquel momento, Charlie le estaba metiendo el dobladillo a uno de los hombres y, al ver a Skye, se giró hacia ella y le guiñó un ojo.

–¿Qué te parece?

Skye se mordió el labio inferior e intentó pensar de manera profesional, pero el hombre que vestía aquel esmoquin era demasiado perfecto como para no reparar en él.

Tenía una buena espalda y manos grandes que hicieron que Skye cerrara los ojos y se las imaginara por su cuerpo.

–Perfecto –contestó.

Acto seguido, se dijo que debía controlarse.

Obviamente, hacía demasiado tiempo que un hombre no pasaba por su vida. Iba a tener que salir más.

–Me han dicho que de esta boda te encargas tú –comentó Charlie mientras continuaba con su trabajo.

–Así es –contestó Skye–. Mamá está resfriada –añadió mirando a su alrededor.

Lo cierto era que prefería encargarse de una boda desde el principio hasta el fin para conocer bien a la familia, pero en aquella ocasión los allí reunidos le eran completamente desconocidos.

–Hola –saludó a los presentes–. Me llamo Skye y me voy a encargar de la organización de la boda porque Barbara está enferma –les explicó–. ¿Quién de ustedes es el novio?

El hombre al que Charlie le estaba metiendo los pantalones se giró levemente hacia ella.

–¿Qué pasa? –preguntó con voz suave.

Skye sintió que se tensaba.

Aquella voz.

No podía ser.

–¿Quién es usted? –le preguntó.

Al instante, sintió que la sangre se le agolpaba en las sienes y rezó para que aquel hombre no fuera quien ella creía que era y para que, por favor, no fuera el novio.

El hombre se giró completamente hacia ella.

Y Skye sintió que el corazón le daba un vuelco.

¡Nick!

No podía ser.

¡No podía ser él, no podía ser allí y no podía ser en aquellas circunstancias!

Capítulo 2

Skye pensó en salir corriendo, pero se había quedado clavada en el sitio.

Nick seguía teniendo el pelo claro, pero ahora lo llevaba más largo. También seguía teniendo aquella mandíbula cuadrada que a ella tanto le gustaba besar y la estaba mirando con el ceño fruncido.

–¿Skye? –dijo mirándola con aquellos ojos azules muy abiertos.

–Nick.

–Un poco de cuidado que estoy trabajando con alfileres –dijo Charlie para que Nick no se moviera.

–Estás... –dijo Nick mirándola de arriba abajo–... fenomenal.

–Tú, también –contestó Skye apartando la mirada.

No sabía qué decirle porque había pasado mucho tiempo.

¿Se iba a casar?

La idea le dio náuseas.

No podía ser.

Después de todo lo que había ocurrido, del dolor, de las dudas y de su sacrificio, no podía ser.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó Nick.

–Trabajo aquí –contestó Skye–. Soy la organizadora de tu boda.

–¿Mi boda? –rió Nick.

Su risa, que la sacudió de pies a cabeza, hizo que comprendiera que no podía ser su boda. Si lo hubiera sido, habría leído su nombre y se habría dado cuenta antes.

–Tú no eres el novio –recapacitó en voz alta.

–Claro que no –contestó Nick.

Skye suspiró aliviada y sintió que las piernas le temblaban.

–¿Entonces?

–Soy el padrino.

Skye se quedó mirando a aquel hombre, el único hombre que había sido dueño de su corazón, el único hombre en el que pensaba cuando se acostaba por las noches y el único hombre con el que soñaba.

–Creía que tenías un negocio familiar –dijo Nick cruzándose de brazos.

–Así es –contestó Skye.

–Nunca me dijiste que se tratara de una empresa de organización de bodas.

Skye tragó saliva.

–No te lo dije porque era obvio que no te gustaban las bodas –le recordó.

Nick le había dejado claro desde el principio que no era hombre de compromisos ni de matrimonios y, por miedo a que saliera corriendo si le decía la verdad, Skye no le había contado a qué se dedicaba exactamente.

–Ahora que lo pienso, se me hace raro no haberme dado cuenta entonces de que jamás me contaras detalles de tu trabajo –recapacitó Nick.

–Estabas demasiado ocupado como para darte cuenta –comentó Skye.

De repente, se preguntó si lo sabría.

No, imposible.

En cualquier caso, tragó saliva víctima del pánico.

–Así que eres el padrino… –comentó nerviosa.

–Efectivamente –sonrió Nick.

Skye había soñado varias veces con volver a verlo, pero jamás hubiera esperado que fuera en aquellas circunstancias.

En cualquier caso, no estaba preparada para el reencuentro, pero tomó aire para intentar controlar la situación.

–Te aseguro que el último lugar en el que hubiera esperado verte es en una boda –le dijo sinceramente.

Nick se encogió de hombros.

–Las cosas cambian –contestó Nick mirándola lánguidamente, como si estuviera recordando la magia que había habido entre sus cuerpos en el pasado.

Al instante, Skye sintió que se tensaba de pies a cabeza y dio un paso atrás con las mejillas sonrosadas.

–¿Y qué tal estás?

–Bien –contestó Nick–. ¿Y tú?

–Bien –contestó Skye.

Lo cierto era que le picaba la curiosidad, pero no podía ponerse a hacerle preguntas personales cuando habían pasado cuatro años sin verse.

–Sé que trabajas para un prestigioso bufete de abogados –dijo arrepintiéndose al instante.

Maldición.

Ahora se iba a dar cuenta de que había intentado saber de él a través de la prensa rosa y de todo lo que le había sido posible.

–Así es –contestó Nick–. ¿Y tú conseguiste lo que querías?

Skye se quedó mirándolo fijamente.

Lo que quería…

Había rezado y soñado todas las noches desde el día en el que lo había abandonado para conseguir lo que siempre había querido y

ahora lo tenía ante sí.

–Muy bien –dijo girándose hacia los demás–. ¿Todo el mundo contento con su esmoquin?

Hubo un murmullo de asentimiento.

–Skye... –insistió Nick.

–Perfecto. Entonces, sigamos adelante. Estaré en mi oficina por si alguien tiene alguna pregunta –dijo ignorando a Nick–. Me alegro de volver a verte, Nick... quiero decir, señor Coburn.

Dicho aquello, Skye se obligó a salir de la habitación.

–¿Nos tomamos un café después? –oyó que le preguntaba Nick.

–No se mueva –lo reprendió Charlie.

–No, gracias, no puedo –contestó Skye huyendo a la desesperada.

Lo último que quería era estar con aquel hombre porque le dolía todo, porque le entraban ganas de llorar y se moría de miedo por el secreto que guardaba.

Nick no debía enterarse jamás.

Nick se quedó mirando la puerta.

Se giró hacia el espejo y se masajeó el cuello pues la tensión había sido muy fuerte. Claro que era normal que reaccionara así porque Skye estaba más guapa que nunca.

Era todavía más mujer que cuatro años atrás y, al verla, Nick había deseado volver a deslizar sus manos por sus curvas y, al imaginarse sus pechos desnudos, el deseo se había apoderado de él.

¿Cómo demonios había dejado que se le escapara una mujer así?

Seguía teniendo el pelo oscuro, pero le había crecido. En cualquier caso, estaba preciosa.

Nick apretó los puños.

Obviamente, aquella mujer le seguía gustando. ¿Y por qué no? Al fin y al cabo, había sido ella la que lo había dejado.

Por lo menos, había tenido la decencia de parecer avergonzada al encontrarse con él. Claro que, después de lo que le había hecho, era sorprendente que se atreviera a mirarlo a la cara.

Nick se había fijado en que no llevaba alianza y supuso que el bastardo que se la había arrebatado no le había tomado al final en matrimonio.

Aquello lo hizo sonreír.

Justicia divina.

Aunque habían pasado cuatro años, le parecía que era ayer cuando entre ellos había habido una relación mágica.

Para Nick, desde luego, lo había sido. Hablaban de todo y tenían una complicidad maravillosa tanto en la cama como fuera de ella.

Skye era la mujer perfecta para él.

Habían estado juntos seis meses y, luego, ella había desaparecido.

Nick no se había dado cuenta de que salía con otro hombre a la vez que con él, pero tendría que haberlo sospechado porque las últimas semanas era cierto que le había parecido que se estaba alejando de él.

Cuanto más hablaba él de lo que quería hacer en la vida, más se distanciaba Skye.

Entonces, no le había dado importancia, pero era obvio que era porque estaba con otro hombre.

Nick cerró los ojos y tomó aire. Lo que tenía muy claro era que jamás iba a pasar por aquel dolor.

Tenía muy claro que no quería volver a sufrir por culpa de Skye Andrews y lo que tenía que hacer era olvidarse de aquella tramposa de una vez por todas.

–Todo terminado –anunció Charlie poniéndose en pie.

–Gracias –contestó Nick saliendo del vestuario.

El que no había terminado con Skye Andrews era él.

Capítulo 3

Skye marcó el número de su hermana con la boca seca.

–Tara, ¿has hablado con Bridal Creations?

–Últimamente, no –contestó su hermana mayor.

–¿No ibas a intentar birlarles a una de sus organizadoras de bodas? –preguntó Skye cruzando los dedos.

Ojalá su hermana dijera que sí para que, así, no tuviera que vérselas con Nick Coburn durante las próximas dos semanas.

Era prácticamente imposible que una nueva organizadora se encargara de una boda para la que quedaba tan poco tiempo, pero había una esperanza ya que, si la nueva adquisición organizaba con ella la boda Harrison-Brown, podría encargarse del padrino, que era lo que a Skye le interesaba, mientras ella se encargaba de los novios.

–Lo estoy pensando, sí –contestó Tara–, pero, si esa chica no les es fiel a ellos, ¿por qué nos lo iba a ser a nosotras?

–Por dinero –contestó Skye.

–Sí, pero eso cuesta –dijo Tara como si lo estuviera considerando–. A ver si se me ocurre alguna manera de que trabaje para nosotras, pero que no sea solamente por el dinero.

–Pues date prisa.

–¿Por qué? ¿Te pasa algo?

Skye se mordió la lengua.

Había conseguido ocultar la identidad del hombre que le había cambiado la vida hacía años.

No le había contado a su hermana los detalles entonces y no se los iba a contar ahora porque tenía muy claro que Tara iría directamente a hablar con Nick y eso era lo último que Skye quería.

Además, no quería que Tara le leyera la cartilla y eso era precisamente lo que haría porque su hermana era muy cabezota y estaba acostumbrada a llevar la voz cantante.

–No, es que me tengo que hacer cargo de una boda de mamá y...

–No te preocupes por eso, Skye, lo tengo todo controlado. Yo tengo dos bodas, pero Maggie y yo nos vamos a encargar de las reservas y de todo lo demás.

–Pero...

–Tú lo estás haciendo cada vez mejor.

–¿De verdad? –exclamó Skye emocionada.

No era normal que su hermana mayor dijera aquel tipo de cosas, pero desde que se había casado con Patrick había cambiado.

–No te pongas nerviosa –le aconsejo Tara–. Acabo de hablar con

mamá y está convencida de que la boda Harrison-Brown saldrá a las mil maravillas. Por cierto, no la molestes a no ser que sea completamente necesario porque se encuentra bastante mal.

–Muy bien –contestó Skye–. Entonces, ningún problema.

–Me alegro.

Skye colgó el teléfono y se rió con amargura.

¿Ningún problema?

¡No, sólo que el hombre al que había abandonado cuatro años atrás había vuelto a parecer!

Skye se obligó a tomar aire lentamente varias veces para no perder los nervios y se dijo que, probablemente, no volvería a verlo.

Sí, eso era, tenía que evitarlo hasta el día de la boda.

Skye se acercó a la ventana y se quedó mirando la calle. ¿Sería alguno de aquéllos su coche? ¿Se habría ido ya? ¿Se habría terminado de probar el esmoquin y habría vuelto a su vida?

Skye cruzó los dedos para que así fuera.

¿Habría alguna mujer en su vida?

La idea la hizo estremecerse.

Probablemente, para Nick volverse a encontrar con ella no habría significado nada, pero Skye habría preferido que el encuentro se hubiera producido mucho más adelante, cuando fuera capaz de sobrevivir a un ex novio abogado.

Aquello la hizo suspirar.

Seguramente, Nick ya se habría olvidado de ella. Al fin y al cabo, no había sido más que una novia y, por lo que decían los periódicos, había tenido muchas.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

–Déjame el café en la mesa, Maggie, gracias –le dijo a su secretaria sin dejar de mirar por la ventana.

–Ni te he traído un café ni soy Maggie –contestó una voz masculina.

¡Nick!

Skye se giró hacia él.

–¿Qué haces aquí?

–Ya te he dicho que soy el padrino –sonrió Nick.

Skye tomó aire e intentó adoptar una actitud profesional mientras se preguntaba qué había sido de la serenidad con la que había intentado vivir aquellos años.

–¿En qué te puedo ayudar? –le preguntó mirándolo a los ojos e intentando controlar su desbocado corazón.

–Me gustaría hablar contigo del discurso que tengo que dar en el banquete. Necesito algunos consejos –contestó Nick acercándose al

sofá.

–Ah, muy bien –contestó Skye.

Siempre y cuando quisiera tratar aspectos profesionales de la boda, no había ningún problema.

–Dispara.

Nick la miró intensamente y Skye sintió un escalofrío por la espalda que la hizo estremecerse de pies a cabeza y la obligó a cruzarse de brazos y a respirar pausadamente para intentar concentrarse en lo que tenían entre manos y no dar rienda suelta a su lengua, que se moría por comenzar una batería de preguntas.

Nick se sentó en el sofá y la miró.

–No sé si debería empezar el discurso con una broma.

Skye se tranquilizó un poco.

–Todo el mundo cree que el padrino tiene que ser divertido e ingenioso –contestó sentándose en su silla roja y haciendo como si el hombre que tenía ante sí fuera un cliente más–. Yo te aconsejo que seas gracioso si normalmente eres gracioso, pero, para mí, lo más importante es ser genuino.

–Entonces, ¿qué me aconsejas?

–Te aconsejo que hagas un discurso sencillo, sincero y breve –contestó Skye empleando las mismas palabras que les decía a todos los padrinos.

–Muy bien –dijo Nick frotándose las manos sin dejar de mirarla–. Comprendido.

–¿Eso es todo? –pregunto Skye poniéndose en pie.

Nick no se movió.

–¿No quieres escucharlo?

–¿Cómo?

–¿No quieres escuchar el discurso?

–Ah, sí, por supuesto –contestó Skye volviéndose a sentar–. Adelante, soy toda oídos.

–Lo cierto es que sólo lo tengo esbozado, pero volveré cuando lo tenga terminado –anunció Nick.

–Muy bien –suspiró Skye–. Ningún problema.

–¿Estás segura? Pareces un poco tensa.

–Te aseguro, señor Coburn, que independientemente de lo que hubo entre nosotros en el pasado soy una profesional –contestó Skye levantando el mentón en actitud desafiante–. No hay ningún problema.

Nick asintió.

–¿No te plantea ningún problema que yo sea el padrino?

–En absoluto –mintió Skye mirándolo a los ojos–. Nuestra relación

fue hace cuatro años y ya no tiene relevancia.

Nick apretó las mandíbulas.

–Me gustaría saber cómo te ha ido la vida en estos cuatro años, Skye.

Al oír su nombre en sus labios, Skye sintió un escalofrío por la espalda.

–No creo que eso sea asunto tuyo –contestó.

–Desearía que así fuera porque, después de lo que hubo entre nosotros, me parece que por lo menos me podrías invitar a tomar una taza de chocolate caliente.

Skye sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

¡Se acordaba de su bebida favorita!

–No –le dijo–. Por si no te acuerdas, no lo dejamos como amigos.

No había podido ser de otra manera. Tuvo que ser de una manera radical porque Skye no se podía arriesgar a volver a verlo.

–¿De verdad? Ya no me acuerdo –dijo Nick poniéndose en pie–. Sólo un chocolate, no vaya a ser que a tu marido no le haga gracia.

–No estoy casada –contestó Skye.

Aquello hizo sonreír a Nick.

–Entonces, no hay nada más que hablar. Quedamos a las doce en la cafetería de la esquina.

Skye abrió la boca para negarse, pero se había quedado sin palabras. Aquel hombre seguía siendo tan arrogante y estaba tan seguro de sí mismo como siempre, pero ahora resultaba más peligroso.

No tendría que haberle dicho que no estaba casada.

–Yo...

En ese momento, Nick cerró la puerta al salir.

Skye se quedó mirándola.

¡Nick Coburn quería tomarse una taza de chocolate con ella para charlar sobre los viejos tiempos y sobre lo que había hecho desde que no se veían!

¡Si él supiera!

¿Qué demonios iba a hacer?

Nick golpeaba la mesa de la cafetería con los dedos mientras miraba por la ventana.

Consultó la hora por enésima vez.

Más de las doce y media.

Skye era una mujer puntual, considerada y amable, pero también lo había engañado.

Aquello lo perseguía desde entonces. ¿Cómo era posible que su encantadora e inocente novia lo hubiera estado engañado con otro?

Lo mejor que podía hacer era distanciarse de ella, seguir saliendo

con aquellas modelos y olvidarse de Skye Andrews.

En aquel momento, sonó su móvil y Nick contestó creyendo que iba ser Skye para decirle que ya llegaba.

–Nick, ¿qué tal la prueba?

Era Sandra.

Sandra era una mujer alta, rubia y con un cuerpo tan despampanante que podría haber sido modelo.

La había visto varias veces en casa de Paul y lo cierto era que podría haber sido toda una distracción, pero, después de haber visto a Skye, imposible.

–La mía ha sido espectacular. La diseñadora que tienen en Camelot es maravillosa y nos ha hecho unos vestidos preciosos. ¿Qué tal tu esmoquin? Seguro que estás guapísimo.

–Sí, bueno, no estoy mal –bromeó Nick sin dejar de mirar hacia la puerta–. ¿Qué sabes de las organizadoras de la boda?

–Son las mejores –contestó Sandra con mucha seguridad–. Se van a encargar de la boda de Kasey Steel, lo he leído en la prensa. En cualquier caso, son increíbles. Son tres hermanas y su madre.

–¿Ah, sí?

–Sí, la mayor se encarga de la planificación de la boda y de la pedida, la pequeña es la diseñadora y la hermana del medio y la madre son las que se encargan de hablar con las familias y los invitados.

–Ya...

–Es genial, ¿verdad? Poder trabajar en familia y esas cosas...

–Sí, sí, claro. ¿Tienes detalles?

–Bueno, hasta que se anunció lo de la boda de Steel, no eran muy conocidas. No debían de tener mucho trabajo porque la hermana mediana ni siquiera trabajaba en la empresa todo el día.

–¿Y qué sabes de ella?

–¿Por qué tanto interés? –quiso saber Sandra algo molesta.

Nick apretó los puños.

–Por nada en especial. Resulta que la madre está enferma y va a ser ella la que se encargue de la boda de Cynthia y Paul.

–¿De verdad? Espero que sea seria y de fiar.

–Seguro que sí –contestó Nick dándose cuenta de que Sandra no sabía nada de la vida de Skye–. Bueno, te tengo que dejar, estoy trabajando.

–Muy bien –se despidió Sandra–. Hasta luego.

Nick colgó el teléfono y se quedó mirándolo.

¿Por qué no había trabajado Skye jornada completa en la empresa familiar? ¿Habría estado estudiando? ¿Tendría otro trabajo?

¿Quizás un hombre?

Nick se terminó el café, que se le había quedado frío, y apartó aquel pensamiento de su mente.

Era casi la una, así que recogió los papeles que tenía sobre la mesa y decidió que tenía que olvidarse de Skye para poder concentrarse en su trabajo.

Aunque, por otra parte, aquella mujer le provocaba curiosidad pues había en torno a ella un halo de misterio y él estaba decidido a encontrar respuesta a las mil preguntas que se le ocurrían.

Aunque no le gustara lo que descubriera.

Capítulo 4

Skye, te llama John por la línea cuatro, los MacDonald por las dos y los Donovan por la tres. Ésos son nuevos.

Skye se apartó un mechón de pelo de la cara y suspiró. El teléfono llevaba sonando toda la mañana y buena parte de la tarde desde que se había encontrado con Nick. Para colmo, por si volver a verlo no había sido suficiente, tenía que lidiar con las reservas, los restaurantes, las floristerías, las iglesias, los centros donde se celebraban los banquetes y todo lo demás.

Se estaba volviendo loca.

–Dile a John que ahora lo llamo –contestó.

Lo cierto era que se alegraba de no poder contestar a esa llamada porque no le apetecía explicarle por qué le había dejado un mensaje en el contestador cancelado la cita que tenían.

–Bueno, mejor, dile que lo llamaré cuando pueda. Pregúntales a los MacDonald si los puedes atender tú. De lo contrario, ya los llamaré yo dentro de un rato. Pásame a los nuevos.

–Muy bien –contestó Maggie.

Skye apretó el tres y miró el reloj. Ya casi eran las cinco de la tarde. Unos minutos más y todo habría terminado. En breve podría irse a casa.

Quería darse una buena ducha caliente, llorar como una posesa y decidir qué demonios iba a hacer con Nick Coburn.

Habló con los Donovan y les contestó a todas las preguntas que tenían. Llevaba haciendo aquel trabajo el tiempo suficiente como para que le resultará fácil.

Ojalá su vida resultara igual de sencilla.

–Skye, yo me voy. ¿Necesitas algo? –dijo Maggie asomando la cabeza por la puerta.

–No, gracias. Yo también me voy a ir ahora.

–Sí, supongo que, acostumbrada a irte a las dos, se te hará un poco extraño estar aquí tan tarde.

–Sí, pero no queda más remedio. Mientras mi madre esté enferma... –contestó Skye encogiéndose de hombros.

–Le podríamos mandar unas flores mañana –sugirió la secretaria.

–Me parece una idea fantástica. Recuérdamelo, ¿eh?

–Muy bien –sonrió Maggie–. Hasta mañana, Skye.

–Hasta mañana.

Aquella secretaria era una joven maravillosa y alegre que se entregaba al trabajo y estaba dispuesta a ayudar en todo.

Skye siguió trabajando. Lo cierto era que aquello se le estaba haciendo cada vez más cuesta arriba y rezó para que su hermana Tara contratara a otra persona que la pudiera ayudar.

Así, ella podría volver a trabajar sólo media jornada.

A las seis de la tarde ya no podía más, así que recogió, se puso el abrigo y apagó la luz. Lo que quedaba por hacer tendría que esperar al día siguiente porque ella tenía responsabilidades más importantes que el trabajo.

Al salir a la calle, tras cerrar la puerta con llave, suspiró aliviada.

–No has venido.

Skye dio un respingo y se giró con el corazón en la boca.

Era Nick.

Estaba apoyado en la pared y la miraba enfadado.

–Ya –contestó Skye con la respiración entrecortada.

–¿Te importaría explicarme por qué? –dijo Nick acercándose a ella.

–¿Te importaría que me repusiera del susto? Casi me matas –contestó Skye llevándose la mano al pecho–. Desde luego, podrías haber tenido un poco más de cuidado.

–No te preocupes, no tienes nada que temer de mí –contestó Nick con voz peligrosamente ronca.

¡Eso no se lo creía ni él!

Skye se encaminó a su coche y oyó que Nick la seguía.

–¿De verdad no hay motivos para temer nada de ti? No creo que hayas madurado tanto.

–Te sorprenderías.

Skye lo miró de reojo y se dijo que, a pesar de que debía de tener un par de arrugas más, aquél era el mismo Nick Coburn de siempre.

Seguro.

–Sé ir a mi coche yo solita –le espetó.

–No he venido hasta aquí para acompañarte al coche –contestó Nick colocándose a su lado–. He venido a hablar contigo porque necesito respuestas.

Skye sintió que le faltaba el aire.

¿Lo sabría?

No, imposible.

Al llegar a su coche, pulsó el mando y abrió la puerta.

Maldición.

Se le había acelerado el pulso.

Maldición.

–¿Skye? –dijo Nick agarrándola del brazo y girándola hacia él.

Skye lo miró a los ojos y vio que estaba preocupado, como si hubiera estado trabajando en un caso difícil.

–Muy bien –le dijo–. Si no te hubieras ido antes de que te hubiera podido contestar a la invitación, te habrías enterado de que no iba a poder ir aunque hubiera querido porque tenía mucho trabajo.

–¿Estabas trabajando?

–Sí. Estoy de trabajo hasta arriba –se excusó Skye mirando hacia abajo.

–Me podrías haber llamado –sugirió Nick.

–¿A qué número? No sé nada de ti.

–Sabes que trabajo en Stevens and King –le recordó Nick–. Podrías haber llamado allí.

Skye se mordió el labio.

La había pillado.

Maldición.

–No se me había ocurrido –improvisó.

–Ya –dijo Nick de manera cortante–. Muy típico de ti.

Skye se cruzó de brazos y lo miró a los ojos.

–¿A qué te refieres?

–A que es muy normal en ti que no pienses en los demás.

Skye sintió que la sangre comenzaba hervirle en las venas.

–No me conoces absolutamente de nada. Si me conocieras, te darías cuenta de que mi vida consiste precisamente en estar las veinticuatro horas del día pensando en los demás.

¿Cómo se atrevía a decirle eso cuando ni en el trabajo ni en casa tenía un minuto para sí misma?

–Es cierto, a lo mejor no te conozco de nada, así que háblame de ti. Quiero saberlo todo.

Skye negó con la cabeza.

Ya había caído en aquella trampa una vez.

–Me interesa de verdad –le aseguró Nick metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

Skye volvió a negar con la cabeza.

–Te intereso porque he sido la única persona que no ha querido jugar a tu juego. Te dije que no.

–Otras personas me han dicho que no en mi vida.

–¿Y han salido ilesas?

–No precisamente –sonrió Nick.

Aquella risa hizo que Skye se enfureciera.

–Yo no quiero jugar contigo, Nick, así que no me metas en tus juegos –le advirtió Skye sintiendo la traicionera respuesta de su cuerpo.

Al instante, se dijo que sólo era furia.

No podía ser débil.

Se quitó la chaqueta y la colocó en el asiento de atrás mientras se repetía una y otra vez que tenía que controlarse.

–No son juegos, Skye –murmuró Nick acercándose y mirándola a los ojos–. Soy un hombre maduro.

Skye dio un paso atrás y tragó saliva, resistiéndose a mirarlo a los labios, pero lo que no pudo evitar fue que los recuerdos se apoderaran de su mente y de su cuerpo.

Recordó la magia de su boca y todo lo que habían compartido.

Todo lo que había perdido...

–Eso sólo quiere decir que ahora eres todavía más peligroso –dijo Skye apoyándose en el coche.

–Gracias –sonrió Nick–. En cualquier caso, te prometo que no te voy a morder. Por favor, cena conmigo.

–Lo siento, pero no puedo –contestó Skye mirando el reloj–. De verdad, me tengo que ir a casa.

–¿Hay otro hombre? –preguntó Nick en tono acusador.

Skye negó con la cabeza.

Nick no se había tomado bien cuatro años atrás que Skye lo dejara y, al final, ella había tenido que mentir y decir que era por otro hombre para que la dejara en paz.

Rechazarlo completa y absolutamente a todos los niveles era la única manera de asegurarse que no fuera a buscarla.

–No es asunto tuyo.

–Estoy intentando que lo sea –susurró Nick.

–Por favor, no lo hagas.

–Me dices que no estás casada y que no tienes una relación seria y, aun así, ¿me rechazas? –se extrañó Nick–. ¿Por qué?

–Para no volverme loca.

–¡Ja!

–Vuelve con tus modelos, Nick. Déjame en paz –dijo Skye abriendo la puerta del conductor.

Nick enarcó una ceja.

–Así que es eso, ¿eh? Estás acomplejada por lo que has leído en los periódicos.

Maldición.

Skye no quería que supiera cuánto interés despertaba todavía en ella.

–Yo no soy modelo, Nick, y no me vas a negar ahora que, últimamente, sólo sales con modelos.

–Sí, pero no por su belleza –contestó Nick.

–Pero son buenos trofeos para llevar colgados del brazo –sonrió Skye con amargura.

–Sí, pero en realidad es porque hay un convencimiento mutuo de que la relación es superficial.

Skye se giró hacia él asombrada.

–¿Y se lo dices así?

Nick se encogió de hombros.

–Más o menos.

–Me cuesta creer que una mujer acepte significar tan poco para ti –recapacitó Skye preguntándose si con ella había sido igual–. Eres un cretino machista.

–Te diré que soy sincero desde el principio y a todas las mujeres con las que estoy les digo que no quiero compromisos ni matrimonio ni nada de eso.

–¿Y si ellas no están de acuerdo?

Skye sabía por experiencia lo bien que se le daba a Nick escabullirse de aquellos temas.

–Tú no protestaste.

–Yo era joven e ingenua.

–Tú eras una belleza y sigues siéndolo.

–Guárdate esas palabras para otra a las que le guste oírlas.

–¿A ti no te gustan? –se extrañó Nick–. No tienes buena opinión de mí, ¿verdad?

Skye negó con la cabeza.

No quería hablar.

¿Qué le podía decir?

Aquel hombre había sido el centro de su vida...

–Nos iba bien juntos, Skye –le recordó Nick con voz tierna–. ¿Es que acaso no te acuerdas?

Skye sintió que se le formaba un nudo en la garganta y se encogió de hombros.

–Sí, pero hay cosas que no pueden ser –contestó con toda la calma que pudo.

A continuación, se metió en el coche.

–Sí, pero hay cosas que merece la pena volver a intentar –insistió Nick.

Skye se quedó helada, lo miró a los ojos y vio que hablaba en serio.

–¿A qué te refieres?

Nick se encogió de hombros.

–Sal a cenar conmigo.

Skye se dijo que debía de estar soñando, pero era imposible. A Nick Coburn sólo le importaba su carrera.

–Ya te he dicho que hoy no puedo.

–¿Y mañana?

Skye negó con la cabeza diciéndose que no debía ser tonta, que no debía soñar pues no tenía futuro con aquel hombre.

–Te advierto que no me voy a rendir tan fácilmente.

–Te advierto que yo no te lo voy a poner fácil –contestó Skye cerrando la puerta y poniendo el coche en marcha.

Mientras se alejaba, dejando a Nick solo en el aparcamiento, se dijo que tenía mucho que perder.

No debía dejar que Nick se acercara demasiado porque, cuando lo tenía cerca, se encontraba perdida.

Aquello podía ser un desastre.

Capítulo 5

Skye abrió la puerta de Camelot pensando en sus clientes, en sus horarios y en Nick.

Miró la hora y vio que llegaba tarde, pero tenían que recuperar el tiempo que había perdido anoche al llegar tan tarde a casa.

A ver si su madre se recuperaba rápidamente para que no tuviera que trabajar tantas horas y, sobre todo, para que Nick no la tuviera localizada.

Al entrar en el vestíbulo, se quedó de piedra.

La estancia estaba llena de flores, rosas amarillas, rojas, rosas y blancas, claveles, orquídeas y muchas otras flores de colores maravillosos.

Skye tomó aire y disfrutó del aroma.

–¿Y esto?

Riana asomó la cabeza por detrás de un ramo de claveles.

–Flores –sonrió.

–Me alegro de verte –dijo Skye sinceramente.

Su hermana pequeña era una diseñadora con un enorme talento y una vena artística sin igual, pero los horarios de oficina no se habían hecho para ella y entraba y salía a su antojo.

–Lo mismo digo –contestó Riana.

–Supongo que éste ha vuelto a ser Rick –comentó Skye–. Ya le está mandando flores otra vez a Tara.

Lo cierto era que Skye estaba encantada de que su hermana mayor hubiera encontrado un hombre al que amar y que la amara tanto. Aquello la hacía pensar que los cuentos con final feliz no eran tan imposibles.

Skye se acercó a una rosa amarilla, su flor preferida, y no pudo evitar recordar la cantidad de veces que Nick se las había regalado.

Lo cierto era que, además de ser un maravilloso amante, Nick era un hombre romántico y tierno.

Las pocas horas que estaban juntos, claro, porque buena parte del día se lo pasaba trabajando sin parar.

En su vida, lo primero era el trabajo.

A Skye le había parecido bien porque ella también estaba muy concentrada en su trabajo en aquel entonces, pero cuando la vida la había puesto a prueba había comprendido que no tenía futuro con él.

–No –contestó Riana–. Las flores no son para Tara.

–¿Son para ti?

–Son para ti –sonrió Tara.

–¿Para mí? –exclamó Skye con el corazón latiéndole aceleradamente.

Al acercarse a la tarjeta leyó:

Di que sí.

¡Nick!

¡Aquel hombre había comprado una floristería entera!

Skye se mordió el labio inferior pues sabía que, cuando Nick encontraba un desafío en la vida, era tenaz, cabezota e insistente.

Lo había visto preparar sus casos, trabajando incluso por la noche, y se dio cuenta de que estaba metida en un buen lío.

–¿Le vas a decir que sí? –quiso saber su hermana–. No es John, ¿verdad?

Skye negó con la cabeza y se dio cuenta de que había olvidado llamarlo.

–Ya decía yo... John no tiene pinta de ser capaz de gastarse el sueldo de un mes en un gesto tan romántico –recapacitó Riana.

Skye deseó que hubiera sido John porque era mucho más fácil tratar con el que con Nick Coburn ya que Skye tenía muy claro que Nick no lo había hecho por romanticismo.

–¿Qué le vas a decir? –insistió Riana.

–Nada –contestó Skye.

Su hermana menor enarcó una ceja.

–¿Dónde está Maggie? –preguntó Skye.

–Ha llamado hace un rato diciendo que se sentía mal y que hoy no iba a venir, así que me he apoderado de su mesa para diseñar el vestido de novia de MacDonald –contestó Riana.

–Estupendo –suspiró Skye.

En ese momento, entró un mensajero con más flores.

–Para Skye Andrews –anunció dejando un enorme ramo de rosas rojas sobre una mesa.

–Nos vamos a ahogar en flores si no le contestas –dijo Riana.

–Muy bien, le vamos a contestar –contestó Skye–. ¿Dónde está la trituradora?

–No irás a triturar todas estas flores maravillosas –se alarmó Tara–. ¡Skye!

Skye cruzó el vestíbulo en dirección a su despacho y, al llegar allí, se quedó parada en la puerta pues allí dentro había tantas flores como fuera.

–Dile que sí –le aconsejó su hermana.

Skye negó con la cabeza.

Lo cierto era que eran todas flores que le gustaban y se preguntó cómo habría recordado Nick aquellos detalles.

¿Acaso tomaba nota de las preferencias de las chicas con las que salía?

Si aquel hombre se creía que era la niñita que había conocido, estaba muy equivocado. Había crecido y no estaba dispuesta a dejarse engañar otra vez.

Sabía perfectamente cómo funcionaba aquel hombre, qué tipo de juegos le gustaban y cómo sabía manejar a las mujeres para hacerlas decir y hacer lo que él esperaba.

¡Si Nick Coburn quería jugar, que se fuera preparando!

Nick colgó el teléfono tras haber llamado a otra floristería y sonrió encantado.

Skye debía estar a punto de llamar pues su empresa debía de parecer ya un jardín botánico.

Consultó la hora y comprobó que la mujer era cabezota. Estaba aguantando más de lo que él había imaginado.

¿Cuántas flores necesitaba recibir parar tomarse en serio su invitación?

Nick estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta y el dinero no era obstáculo. Lo hacía por el simple placer de la satisfacción, por hacer algo que ni su padre ni su hermano habían conseguido.

Según su progenitor, haberse casado con su madre a los veintidós años había dado al traste con su sueño de ser abogado porque, según él, se había quedado sin energías para ir a la universidad.

Nick había visto cómo su padre se esforzaba, trabajando a veces incluso en dos empresas a la vez, pero sacar adelante a seis hijos, era mucho.

Él, desde luego, no quería eso.

Su padre había puesto todos sus sueños en Robert, su hermano mayor, al que había animado a ir a la universidad.

Sin embargo, tras haberlo apoyado en todo y haberlo animado a que tuviera ambiciones profesionales, Robert comenzó a salir en serio con una chica y se casó con ella.

Su padre había llorado en la boda y aquello había sobrecogido a Nick pues jamás lo había visto llorar.

No quería volver a sentir aquella angustia, así que estaba decidido a llegar muy alto, costara lo que costara.

Tenía que conseguir hacer realidad el sueño de su padre para ofrecérselo antes de que abandonara este mundo.

En ese momento, llamaron a la puerta y entró su secretaria con una taza de café.

–Hola, Liz, ¿has oído algo? –le preguntó Nick.

–Sí, lo cierto es que me acaban de comentar que está sucediendo

algo un tanto extraño. Por lo visto, los hospitales, las clínicas y las residencias de ancianos de toda la ciudad están recibiendo una donación de flores nunca vista.

Aquellas palabras hicieron que a Nick se le saliera el café por la nariz.

–¿Estás bien? –le dijo Liz entregándole un pañuelo de papel.

–Sí, sí, muy bien –contestó Nick dándose cuenta de que Skye iba a ser dura de pelar–. En fin, yo me refería a si habías oído algo en la oficina sobre el ascenso.

–Por lo visto, comunicarán a final de semana quién ha obtenido el ascenso para convertirse en socio senior del bufete.

–Estupendo.

Una vez a solas, Nick miró el trabajo que tenía ante sí y decidió que podía esperar unos segundos. A continuación, se preguntó qué le ocurría a Skye, sólo era una invitación para salir a cenar.

Muy bien. ¿Quería jugar fuerte? Nick abrió la agenda y marcó un número de teléfono.

Capítulo 6

Tengo buenas noticias y no tan buenas noticias –anunció Riana entrando en el despacho de Skye.

–¿Qué ocurre?

–Las buenas son que las flores han dejado de llegar.

Skye enarcó una ceja.

Lo cierto era que le extrañaba que Nick se diera por vencido tan pronto.

–Cuando he salido a comer, he oído en la radio lo de las donaciones anónimas, así que supongo que él también se habrá enterado.

–No creo que tenga tiempo de oír la radio con todo el trabajo que tiene, pero alguien se lo habrá comentado –recapacitó Skye.

–Por cierto, a mamá le han encantado los crisantemos –sonrió Riana.

–Me alegro.

–Lo otro… las noticias que no son tan buenas… eh… será mejor que vengas…

Skye se levantó y siguió a su hermana al vestíbulo.

Sólo quedaban un par de ramos de rosas y todo parecía en orden. De repente, Skye se fijó en que sobre la mesa de Maggie había varias cajas envueltas en papeles dorados y plateados.

–Son bombones –anunció Riana.

–No me lo puedo creer –suspiró Skye.

–Hay más –dijo Riana–. En el despacho de mamá.

Skye entró en el enorme despacho de su madre y se quedó de piedra. Había bombones por todas partes.

Cajas de bombones, cestas de bombones, fuentes de bombones, bombones, bombones y más bombones.

–Lo siento –se disculpó Riana–. Llegó un mensajero y le dije que dejara el envío aquí. Cuando volví del baño, me encontré con esto. ¡Ha debido de vaciar un camión entero!

–No pasa nada, no pasa nada –contestó Skye tomando aire varias veces.

¿Qué intentaba Nick Coburn?

¿Se creía que iba a cambiar de opinión porque se gastara unos miles de dólares en flores y le enviara una tonelada de bombones?

¡Estaba muy equivocado!

Skye había aprendido mucho de la vida en los últimos años, sobre todo a luchar por lo que creía justo, y no estaba dispuesta a ceder al

chantaje de un hombre.

–Lo siento –repitió Tara–. No se me ocurrió que se fuera a repetir la misma historia y tú estabas fuera comiendo… y, además, lo cierto es que a mí me encantan los bombones –añadió encogiéndose de hombros.

A Skye también le encantaban y aquéllos olían de maravilla. Desde luego, Nick sabía cómo conquistar a una chica, pero aquello era como para mandarla directa a una clínica de adelgazamiento.

–Muy bien, vamos a hacer con los bombones lo mismo que con las flores –anunció.

–Podríamos hacerlo, pero, ¿qué pasa si se le ocurre mandar otra cosa? –objetó Riana.

Su hermana tenía razón.

–Muy bien, a partir de ahora, todo lo que llegue lo devuelves a las oficinas de Stevens and King.

–¿A nombre de quién? –quiso saber Riana.

–A nombre de Nick –contestó Skye con el corazón en un puño–. Nick Coburn.

–Madre mía –exclamó Riana tapándose la boca con la mano–. ¿El padrino de la boda Harrison-Brown?

–El pesado de la boda Harrison-Brown –contestó Skye–. ¿Y tú de qué lo conoces?

–Dio la casualidad de que me pasé por la tienda para ver los esmóquines y estaba Charlie tomándole medidas. Lo cierto es que Nicolas Coburn tiene unas medidas espectaculares –sonrió Riana–. ¿Por qué no quieres salir con él? Es alto, rubio y guapísimo.

–Porque ya salí con él en el pasado –contestó Skye quitándose un peso de encima al compartir por fin aquella información con alguien.

–¿No será…?

¡Desde luego, su hermana era muy rápida!

–¡Sí, claro que lo es! ¡Ya decía yo que me sonaba de algo! –exclamó Riana–. ¿Quiere volver contigo?

Lo cierto era que Skye no sabía lo que Nick quería y estaba aterrorizada.

–Quiere volver contigo, ¿verdad? Se lo has contado, ¿verdad?

Skye se encogió de hombros y negó con la cabeza.

–Hace años que lo debería saber –le dijo su hermana cruzándose de brazos.

–Es abogado –contestó Skye abriendo una caja de bombones.

–Ah –dijo su hermana pasándole un brazo por los hombros–. Maldición. ¿Crees que lo sabe? ¿Qué vas a hacer?

Skye no tenía ni idea.

–No parece que acepte un no por respuesta.

–No, no parece que le guste que le digan que no.

Skye se metió un bombón en la boca y dejó que se derritiera en su paladar. Al instante, sintió ganas de llorar.

¿Acaso Nick recordaba lo mucho que le gustaba el chocolate?

–¿Es un buen abogado? –preguntó Riana.

–Sí –contestó Skye–. ¿Por qué?

–Bueno, porque en las películas los abogados contratan investigadores privados para que averigüen el pasado de los casos difíciles.

Aquello hizo que Skye se atragantara con el bombón.

Efectivamente, Nick Coburn era capaz de contratar a un detective privado si no conseguía lo que quería y parecía que lo que quería era salir con ella.

Así que Skye tomó aire y rezó para que todo saliera bien.

Capítulo 7

Nick se deshizo el nudo de la corbata y la dejó sobre el sofá mientras se quitaba los zapatos.

Menudo día.

Estaba llevando tres casos a la vez y estaba hasta arriba de trabajo, pero, a pesar de ello, no podía dejar de pensar en Skye.

Al principio, había creído que era porque se negaba a salir con él a cenar, pero Skye había accedido por fin a aceptar su invitación y, aun así, no podía dejar de pensar en ella.

Después de aquella cita, podría olvidarse de ella. Tendría respuesta para todas sus preguntas y, una vez satisfecha su curiosidad, Skye pasaría a la historia.

Nick se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo del sofá. Su casa estaba vacía y silenciosa.

Mientras se desabrochaba la camisa, pensó en que, tal vez, sería buena idea sacar un perro de la perrera municipal, pero lo cierto era que le pareció una tortura meter al pobre animal en un piso.

Podría tener uno pequeño, pero Nick quería un Labrador como aquél que había aparecido en su casa medio muerto de hambre cuando él era pequeño.

Le había gustado nada más verlo y se había pasado toda la tarde dándole de comer y jugando con él, pero no se lo pudo quedar porque sus padres ya tenían bastante con alimentar a seis hijos.

Mientras se quitaba los pantalones, decidió que iba a tener que comprarse una casita con jardín como la que les había regalado a sus padres hacía un par de años.

Así, podría tener perro.

No creía que a su padre le fuera a parecer que tener un animal de compañía fuera igual de carga que tener esposa e hijos.

A su padre le daría un infarto y moriría en el acto si viera que otro de sus hijos se casaba y se compraba una casa en las afueras con valla de madera blanca y se dedicaba a tener familia.

Nick sacó del armario un traje negro y una camisa limpia.

Había crecido oyendo a su padre contar historias de compañeros de colegio que habían llegado muy lejos.

Aquello lo había decidido a conseguir que su padre estuviera orgulloso de él, sobre todo desde que su hermano Robert tiró la toalla.

Por supuesto que no iba a cometer los errores que su padre le había advertido desde muy pequeño y todavía le seguía advirtiendo cada vez que se veían.

No podía decepcionar a su padre.

A pesar de su determinación, no entendía muy bien por qué casarse era tan malo. Comprendía que tener hijos frenaba la carrera de uno si es que uno quería tomarse tiempo para disfrutar de ellos.

¿Y quién no iba a querer disfrutar de sus hijos una vez tenidos?

Ya habría tiempo.

De momento, no había nada de malo en buscar afecto por allí y por allá. Había muchas mujeres que buscaban exactamente lo mismo que él y con las que podía compartir las frías noches de invierno.

¿Por qué había aparecido Skye?

Nick se metió en el baño mientras se preguntaba qué habría ocurrido con aquel cretino por el que lo dejó. Era obvio que no seguía con él. De haber seguido, se habría casado y no llevaba alianza.

Mientras se duchaba, se dijo que aquella noche iba tener la respuesta a todas sus preguntas y no pudo evitar sonreír.

Una vez obtenidas, una vez que supiera por qué había preferido a otro hombre, podría seguir adelante con su vida, podría olvidarse de Skye, de su rostro y de sus duras palabras.

Su vida volvería a ser normal, podría salir con mujeres sin acordarse siempre de Skye, podría besar a otra mujer y acostarse con ella sin ver a Skye.

Se desharía, por fin, de ella y su vida sería perfecta.

Skye estaba sentada en la barra, tamborileando con los dedos nerviosamente. Había llegado muy pronto para asegurarse de que a Nick no se le ocurriera acercarse por su casa.

El camarero le preguntó si quería otro cóctel tropical y Skye contestó que sí porque uno no le parecía suficiente para enfrentarse a Nick Coburn.

Claro que, por mucho alcohol que consumiera, los nervios y el miedo que le atenazaban el cuerpo no se iban evaporar.

¿Y si no aparecía?

Rezó para que así fuera.

Tal vez, Nick sólo quisiera vengarse por lo que le había hecho el día anterior y dejarla esperando en un restaurante.

Skye se tomó su bebida de un trago y decidió que podría vivir con que Nick la dejara plantada esperando. Eso era mucho mejor que enfrentarse a sus preguntas contestando con mentiras.

Así que Nick quería hablar del pasado, ¿eh? Muy bien, pues iban a hablar del pasado, pero no le iba a decir nada nuevo.

–Perdona, llego tarde.

Skye se giró al oír la suave voz Nick y el corazón le dio un vuelco al ver lo espectacularmente guapo que estaba.

Debía de estar loca para haber aceptado su invitación.

–Había un tráfico espantoso –le explicó Nick–. Un whisky con hielo –le dijo al camarero.

–Nick...

–¿Llevas mucho tiempo esperando? –le preguntó sonriendo al mirarla–. Ese vestido te queda... impresionante.

Skye bajó la mirada y se dijo que no lo había dicho en serio, que sólo era por educación.

–¿Quieres que cenemos? –le preguntó Nick.

Skye asintió.

Sí, quería cenar y salir corriendo, quería terminar con aquello cuanto antes porque, de lo contrario, se iba a volver loca.

Nick Coburn había querido salir con ella y allí estaba, dispuesta a cenar con él, pero iba a mantenerse fría y distante porque ya no era la jovencita deseosa de enamorarse que él había conocido sino una mujer con una gran responsabilidad en la vida.

Skye se bajó del taburete y, sin dejar que Nick la agarrara del codo para llevarla hasta la mesa, avanzó hasta un rincón cerca del pianista.

–¿Te gusta el sitio?

–Me encanta, –contestó Skye sinceramente mirando a su alrededor–. Me pregunto si lo alquilaran.

–¿Para bodas?

–Sí.

–Pregúntaselo luego –dijo Nick poniéndole la silla para que se sentara.

Siempre había sido muy educado. A Skye le había encantado esa faceta suya pues le parecía que era todo un caballero.

Skye se sentó plenamente consciente de lo cerca que lo tenía y sintió un escalofrío por la espalda, como en el pasado.

Cuando el camarero acudió a tomarles nota, sintió la desesperada urgencia de pedirle que cenara con ellos porque se estaba dando cuenta de que no estaba preparada en absoluto para cenar a solas con Nick Coburn.

–Me alegro mucho de que, por fin, hayas accedido a cenar conmigo –le dijo Nick una vez a solas.

–Y yo me alegro mucho de que hayas dejado de inundar mi oficina de cosas.

–¿No te ha gustado lo que te he enviado? –se sorprendió Nick.

–Me encanta las flores y me encanta los bombones, pero con moderación –sonrió Skye–. ¿Qué era lo siguiente que me ibas a mandar?

–Nada, habría ido a rogarte de rodillas.

Skye enarcó una ceja.

–No te creo.

–Ya veo que me conoces bien –sonrió Nick.

Skye asintió.

¿Cómo no lo iba a conocer después de haber estado con él casi seis meses? Lo conocía perfectamente.

–¿Por qué tenías tanto interés en que saliera a cenar contigo?

–Porque quería que me contaras qué has estado haciendo estos años –contestó Nick dando un trago al whisky–. Así que, cuéntame, soy todo oídos.

Skye se encogió de hombros.

–No he hecho nada que te interese –contestó–. Nada emocionante, la verdad.

–Ya –dijo Nick en absoluto convencido–. ¿Y qué fue del tipo por el que me dejaste?

Skye tomó la copa de vino que le habían llevado y le dio un trago.

–No hay nada que contar.

–No recuerdo su nombre.

–No recuerdo habértelo dicho.

–Pues dímelo ahora.

–¿Quieres saber su nombre?

–Sí.

–Se llama John –contestó Skye preguntándose por qué demonios había dado el nombre del hombre con el que estaba saliendo en aquellos momentos.

Debía de haber sido la desesperación.

–¿A qué se dedica?

–Es analista financiero –contestó Skye jugando con su servilleta.

–¿Y ya no estás con él?

–No.

–¿Es alto o bajo?

–No creo que eso sea asunto tuyo.

–Pues yo creo que sí porque te recuerdo que me dejaste por él.

–Nick...

–Me debes eso, por lo menos. Confieso que he pensado mucho en ese hombre, así que quiero que me hables de él.

¿Había pensado en él? ¿Significaba eso que también había pensado en ella?

–¿Y por qué piensas en él?

–Porque necesito saber cómo es.

Skye comprendió que era por su ego, típico de Nick.

–Muy bien –accedió–. Es más bien alto, aunque no tanto como tú,

tiene el pelo moreno, es amable y cariñoso y tiene los ojos... color avellana.

Había descrito al verdadero John, pero no creía que Nick lo fuera a conocer jamás y, además, era más fácil mentir sobre una base verdadera que improvisar.

–¿Estuviste mucho tiempo con él?

–¿Cómo?

–Cuando me dejaste por él... ¿estuvisteis mucho tiempo juntos?

–Un tiempo –contestó Skye encogiéndose de hombros.

–Y luego...

–Y luego he estado muy ocupada con el trabajo –contestó Skye rezando para estar dando la imagen de que estaba tranquila.

–¿Tan ocupada que no has salido con nadie?

Skye se encogió de hombros.

–No me estás contando mucho.

–La verdad es que los últimos cuatro años han pasado volando y no tengo mucho que contar.

Hacía años que había decidido cómo comportarse con aquel hombre. Nick había dejado claro en muchas ocasiones sus ambiciones profesionales para dar gusto a su padre.

Había comprendido que eso era lo que de verdad lo haría feliz y había decidido que, si de verdad lo quería, lo tenía que abandonar.

Aquella noche, nada había cambiado. Al contrario. Nick estaba todavía más cerca de conseguir lo que siempre había querido y ella era lo último que le convenía.

En aquel momento, les sirvieron el primer plato y Skye fingió que tenía mucha hambre, a pesar de que estaba tan nerviosa que su estómago no quería probar bocado.

Desde que Nick había vuelto a aparecer en su vida, apenas podía comer.

Mientras comía, notó que Nick la miraba fijamente y se preguntó en qué estaría pensando.

El miedo la atenazó.

¿Acaso sabría la verdad y estaría jugando con ella?

–¿Qué tal están tus padres? –le preguntó.

–Bien –contestó Nick–. Robert acaba de tener a su tercer hijo.

–Enhorabuena.

–Bueno...

–Ah, claro. Mi más sentido pésame. Se me olvidaba que, para ti, los hijos son un freno insoportable –dijo Skye con un nudo en el estómago.

–Supongo que, en su caso, ya da igual porque, después del

primero, nada va a cambiar. En cualquier caso, la verdad es que son muy monos.

A Skye le entraron ganas de golpearle con algo muy duro en la cabeza, pero se controló y siguió comiendo.

–¿Ves mucho a tu hermano?

Nick se encogió de hombros.

–No todo lo que me gustaría porque estoy muy ocupado.

Skye asintió y dejó los cubiertos en el plato.

–¿Y tus hermanas?

–Están bien –contestó Nick mientras el camarero les retiraba los platos–. Tanya trabaja en márketing, Lisa se dedica a la decoración de interiores, Kylie está estudiando Bellas Artes y Rachel está terminando el colegio.

Skye asintió y sonrió.

Lo cierto era que se había llevado muy bien con sus hermanas y le encantaría volver a verlas, pero era imposible.

Todo era imposible.

El camarero les sirvió el segundo plato y Skye se concentró en tomarse el pollo a la naranja, que estaba delicioso.

Ojalá hubiera podido disfrutarlo, pero el gran peso que tenía en el pecho se lo impedía. Era obvio que, de un momento a otro, Nick le iba a decir el verdadero motivo por el que la había invitado a cenar.

¿Lo sabría?

–¿De verdad me dejaste porque estabas enamorada de ese tipo?

Skye se atragantó con el pollo y se dijo que Nick había descubierto la verdad y le iba destrozar la vida.

El momento que había temido durante los últimos cuatro años de su vida había llegado.

La pesadilla se iba a hacer realidad.

Su vida no volvería a ser la misma.

Capítulo 8

Skye levantó la cabeza y miró a Nick a los ojos con el corazón latiéndole aceleradamente.

–Por supuesto que estaba enamorada de él –contestó con toda la calma de la que fue capaz–. Lo quería con todo mi corazón –añadió mordiéndose el labio inferior.

Si Nick sabía que todo era mentira, no había motivo para seguir mintiendo porque sólo estaba jugando con ella.

Si no lo sabía, tenía que seguir mintiendo y hacerlo muy bien para que no se diera cuenta.

Nick apretó las mandíbulas

–¿Lo querías de verdad?

–Sí, lo quería mucho, con todo mi corazón –mintió Skye decidiendo que tenía que intentar salvar la situación como fuera.

–No creo que lo quisieras tanto si no sigues con el –observó Nick tomándose la copa de vino–. ¿Qué sucedió?

Skye también dio un buen trago al vino antes de contestar.

–Me dejó.

–¿Te dejó? –dijo Nick con incredulidad–. ¿Por qué te iba a dejar a ti un hombre?

Skye improvisó una contestación.

–Por otra… por otra mujer.

–Eso es imposible.

Skye sintió que se desmayaba.

¡Lo sabía todo!

–Nick, yo…

–Debe de estar loco –dijo Nick.

Skye se quedó mirándolo fijamente y se dijo que había dos opciones: o bien Nick estaba poniendo las cartas sobre la mesa de verdad o estaba intentando halagarla para ver si se la llevaba a la cama.

Skye se retorció las manos y sintió que la emoción y la amenaza se apoderaban de ella.

–Gracias por el cumplido –dijo lentamente concentrándose en su comida–. Pero, así fue, estuvimos juntos seis meses y me dejó –mintió.

–Me tendrías que haber llamado –dijo Nick.

Skye negó con la cabeza.

–Supongo que lo pasarías mal y yo te podría haber ayudado –insistió Nick–. Podrías haber llorado sobre mi hombro –añadió encogiéndose de hombros–. Mis hermanas lo hacen constantemente.

Skye no pudo evitar sonreír.

–Muchas gracias, pero era imposible –insistió Skye.

Desde luego, si toda aquella historia hubiera sido cierta, la última persona a la que habría acudido habría sido a él porque le habría parecido una crueldad dejarlo por otro hombre y luego ir a que la consolara cuando ese otro hombre la hubiera dejado.

–¿Por qué no me hablas de tu negocio? –propuso Nick dando buena cuenta de su carne.

–¿Te interesa?

–Claro que sí.

Skye suspiró aliviada.

Eso quería decir que no sabía nada.

Gracias a Dios.

Su vida estaba a salvo.

A partir de aquel momento, Skye se dedicó a hablarle de su trabajo y pudo, por fin, disfrutar de la cena y de la compañía.

Estaba a salvo.

Era cierto que lo único que Nick quería era ponerse al tanto de lo que había sido su vida durante los últimos cuatro años, como cualquier persona que se encuentra con otra.

Todo iba bien.

¿Ah, sí? ¿Y si sólo quería eso porque la había llevado a aquel lugar? Todas aquellas flores y todas aquellas cajas de bombones que le había enviado debían de significar algo, ¿no?

–¿Nos vamos? –dijo Nick tras haber pagado.

–Sí –contestó Skye.

Mientras avanzaban entre las mesas, Nick la tomó ligeramente del brazo y el calor que emanaba de su mano hizo que a Skye se le pusiera la piel de gallina.

No pudo evitar mirar a su alrededor y fijarse en las demás parejas, que hablaban con las cabezas muy juntas y se miraban a los ojos con un brillo especial.

Y no pudo evitar echar aquello de menos.

Claro que se había puesto el listón demasiado alto y, a lo mejor, se estaba perdiendo algo, a lo mejor había un hombre para ella y lo estaba dejando pasar.

Nick le abrió la puerta y salieron a la calle. Hacía frío y la brisa otoñal de Sydney hizo que Skye se frotara los brazos para entrar en calor.

De repente, sintió la chaqueta sobre los hombros.

–¿Me dejas que te lleve a casa? –preguntó Nick.

Lo tenía demasiado cerca.

Skye se preguntó si le estaba pidiendo permiso para pasar la noche con ella y sintió que el corazón se le aceleraba.

Desde que se había separado de él, se había acostado todas las noches soñando con aquello, recordando sus manos y sus labios.

Negó con la cabeza, intentando no aspirar su aroma.

–No, gracias –contestó–. Ya me voy en taxi.

–¿Seguro?

–Sí –insistió Skye–. Me lo he pasado muy bien –añadió–. Me alegro de que hayamos hablado y lo hayamos dejado todo claro.

–Yo, también –contestó Nick mirándola a los ojos como si quisiera besarla.

Skye sintió que se estremecía.

–Bueno, supongo que nos veremos en la boda de los Harrison-Brown –se despidió–. Adiós, Nick.

Nick se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

–¿Y eso es todo? –preguntó.

Skye asintió.

Eso era todo.

Había cumplido con su obligación, había contestado a sus preguntas y no quería volver a verlo.

Al pensarlo, sintió que se le formaba un nudo en el pecho.

Todo había terminado.

Nick la estaba mirando fijamente a los ojos como si estuviera teniendo en su interior una gran lucha.

–¡Qué diablos! –exclamó de repente abrazándola y besándola.

Skye le puso las manos en el pecho para apartarlo, pero sus labios besaban tan bien...

Y su boca reconoció la de Nick y su mente recordó el pasado, recordó hacer el amor con él en la alfombra, en el asiento trasero del coche, en la cocina y en la cama que habían compartido durante casi seis meses.

Skye no pude evitar que las sensaciones se apoderaran de ella y recordó aquella época en la que su vida era sencilla, cuando amar a un hombre era estar con él, compartir su vida con él, cuando estar con él era lo único que quería.

Era tan maravilloso volver a besarlo y sentirlo entre sus brazos que Skye lo abrazó de la cintura y se quedó así durante unos maravillosos minutos... sintiendo sus brazos alrededor, apretándose contra su cuerpo.

Sin embargo, sabía que aquello era un beso de despedida. Sólo eso. Así que se dejó llevar y lo besó con ardor.

Nick no dudó en seguir su ritmo.

Skye sintió que se volvía loca, que la sangre se le agolpaba en las sienes y que el deseo se apoderaba de ella y no pudo evitar besarlo desesperadamente, con la desesperación de mil cuatrocientas noches sola.

Era como antes… aunque ya no era suya. Ahora, Nick salía con modelos que buscaban relaciones sin compromiso, como él.

Skye se apartó de él con la respiración entrecortada.

Podía y tenía que hacerlo, tenía que apartarse e irse, ser consciente de que aquel había sido su último beso, el que ponía fin a todo.

Nick lo sabía y ella, también. Todas sus ingenuas fantasías habían terminado. Jamás podrían ser realidad. Había sido una ingenua por creer que las cosas podían ser de otra manera.

–Adiós, Nick –le dijo girándose y alejándose.

No debía mirar atrás, no se lo podía permitir, no podía dejar que Nick se diera cuenta de lo mucho que lo seguía amando.

Pero lo suyo no podía ser porque Nick seguía siendo el mismo hombre al que había abandonado hacía cuatro años.

Nada había cambiado, Nick quería llegar muy alto profesionalmente, era lo único que le importaba.

No iba a haber final feliz para ellos como en los cuentos porque no había sitio para ella en la vida de Nick por mucho que lo amara.

Capítulo 9

Nick se quedó mirando el taxi mientras se alejaba.

Quería ir tras ella, volverla a besar, besarla hasta que admitiera que sentía aquella energía que había entre ellos, tan intensa como el primer día.

¿Habría sentido ella también la magia? A juzgar por la prisa que tenía por irse, no. A lo mejor, estaba perdiendo sus dotes seductoras.

Nick se puso la chaqueta que le había dejado a Skye y saboreó su aroma. A continuación, se masajeó el cuello. Le habría encantado que Skye se quedara con él, pero sabía que, le hubiera dicho lo que le hubiera dicho, no habría aceptado.

Pensó que jamás tendría que haber dejado que se fuera, que tendría que haber ido a buscarla, aparcando el trabajo durante un tiempo para buscarla, y convencerla de que ese otro hombre no era para ella, que volviera con él.

Si lo hubiera hecho, le habría ahorrado el dolor de que el otro la traicionara. Menudo idiota. ¿Cómo había podido irse con otra mujer teniéndola a ella?

Entonces, Nick se quedó de piedra.

¿Cómo había podido él preferir el trabajo a Skye? Se dio cuenta de que debería haber pasado más tiempo con ella y, así, quizás no la habría perdido.

Claro que entonces había estado ciego porque quería conseguir trabajo en uno de los mejores bufetes de Sydney.

Había sido una oportunidad de oro que no había podido dejar pasar y no lo había hecho. Y la había perdido y el dolor lo seguía martirizando.

¿Merecía la pena? No. Sí. No. No lo sabía. Pero lo que sí sabía era que no podía dejar pasar la oportunidad que el destino le brindaba.

Podían pasárselo bien y, además, Skye era la mujer perfecta para que a él le dieran el ascenso. Salir con modelos estaba muy bien, pero si quería proyectar una imagen determinada con los clientes era mejor tener al lado a una mujer como Skye.

Sería bueno para él y para su carrera.

Desde luego, si tenía que mantener una relación seria con alguien no se le ocurría nadie mejor que Skye Andrews.

Estaba seguro de que Skye no tenía un pasado que esconder que lo pudiera comprometer y, además, no estaba con otro hombre.

Era perfecta.

Skye se dio la vuelta en la cama y abrazó a la persona que estaba

acurrucada a su lado.

Si por ella fuera, se quedaría en la cama, en aquel lugar donde se encontraba segura y amada.

Apenas había dormido porque no había podido dejar de pensar en el beso de la noche anterior.

¿Había hecho lo correcto ocultándole la verdad a Nick?

Se tocó los labios y se dio cuenta de que jamás olvidaría aquel beso, pero todo había terminado, ahora que tenía las respuestas que buscaba Nick la dejarían paz.

Skye esperaba que fuera aquello lo único que quisiera porque era lo único que ella podía darle.

En cualquier caso, lo más probable era que ya fuese demasiado tarde para contarle la verdad.

Skye se quedó mirando el techo, tomó aire profundamente y sintió que le ardían los ojos.

Tal vez, tendría que haberle dado una oportunidad para ver si había cambiado, tal vez su sueño de poder ser felices juntos y de vivir con su familia a las afueras de la ciudad no fuera una locura.

Sí, sí lo era.

En aquel momento, sonó el despertador y Skye lo apagó.

–Hay que levantarse, cariño –le dijo acariciando el hombro de la persona que había a su lado.

Unos grandes ojos azules la miraron.

–¿No me puedo quedar un ratito más, mamá?

Skye asintió y sonrió a su hija.

–¿Me abrazas? –preguntó Holly tendiéndole los brazos.

Skye la tomó entre los suyos y pensó que Nick no sabía lo que se estaba perdiendo... los besos, los abrazos, la magia de tener un hijo acurrucado a tu lado en la cama durante toda la noche.

Ojalá nunca lo supiera.

No creía que ser padre le fuera a sentar bien y sus mentiras, menos.

Skye suspiró y se dijo que no lo iba a volver a ver más que en la boda, así que no tenía nada de lo que preocuparse.

Absolutamente nada.

Los documentos que Skye tenía ante sí no la distraían en absoluto. Tenía la imaginación disparada. Se imaginaba diferentes vidas, desde ser vieja y estar sola hasta acabar con Nick pasando por que Nick reclamara la custodia de su hija.

En ese momento, llamaron a la puerta y entraron.

–Nick –dijo Skye mirándolo fijamente.

–He venido para leerte mi discurso de padrino –contestó Nick

entrando en su despacho.

Skye no pudo evitar quedarse mirándolo pues estaba guapísimo. Al instante, lo deseó y su primer instinto fue correr hacia él, pasarle los brazos por el cuello y besarlo.

¡Se había vuelto loca!

–¿Me quieres leer el discurso a mí? –preguntó Skye tomando aire.

–Sí, a ti –sonrió Nick de manera picaruela sentándose enfrente de ella.

Skye levantó el mentón en actitud desafiante, ignorando el deseo.

–Me iba a comer –anunció.

–Ah, estupendo, pues voy contigo si quieres –contestó Nick mirando la hora que era–. No tengo mucho tiempo, pero...

–No, prefiero que me leas el discurso cuanto antes y, así, me podré ir a comer –suspiró Skye–. Adelante.

–Muy bien –dijo Nick poniéndose en pie–. «Quiero dar mi enhorabuena a Cynthia y a Paul, ambos buenos amigos míos, que han tenido el valor de casarse. Espero que vuestras vidas sean felices y que jamás dejéis de sonreír, espero que seáis fuertes y que, si necesitáis alguna vez un abogado, me llaméis a mí. Os deseo lo mejor, sobre todo a ti, Cynthia, que, por razones que ninguno de los aquí presentes tenemos todavía muy claras, has elegido a Paul como marido».

Skye se quedó mirándolo y tuvo que tomar aire varias veces para tranquilizarse.

Nick se volvió a sentar y se cruzó de brazos.

–¿Y bien?

Skye asintió lentamente para ganar tiempo.

–Está muy bien, pero por lo que dices al final parece que te gustaría que la chica se hubiera casado contigo.

–Ya sabes que eso es imposible porque sólo hay una mujer para mí y eres tú –contestó Nick echándose hace adelante.

–Muy romántico por tu parte, pero no te creo –contestó Skye tragando saliva y preguntándose qué demonios estaba ocurriendo allí.

Creía haberle dejado muy claro a Nick la noche anterior que no quería nada con él, no era modelo, no era alta ni rubia y tenía su vida, tranquila y maravillosa.

–Te aseguro que es verdad. No puedo dejar de pensar en ti y te aseguro que lo he intentado –insistió Nick.

–¿De verdad?

–Tengo varios casos muy importantes entre manos, pero no puedo dejar de pensar en ti y en el beso de anoche.

–No significó nada, Nick –mintió Skye–. Absolutamente nada. Fue un beso de despedida y ya está.

–Fue mucho más que eso ti y, si fueras sincera contigo misma, lo admitirías.

–Venga, Nick. Eres abogado y estás acostumbrado a manipular a las personas, así que prefiero que me digas exactamente qué es lo que buscas.

–¿Me estás diciendo que nunca creerás nada de lo que te diga porque soy abogado?

–No –contestó Skye muy seria.

–¿No me creerías si te dijera lo que siento por ti?

–No –repitió Skye–. Se te da muy bien convencer a la gente de que piensen lo que a ti te interesa que piensen y supongo que esta vez también te has convencido a ti mismo de ello.

–¿Prefieres que te lo demuestre? –sugirió Nick mirándola de manera inequívoca.

Skye se puso en pie y dio un paso atrás. Aquello no estaba saliendo bien. Se suponía que lo suyo había terminado definitivamente.

–Nick, tú y yo no tenemos futuro –le dijo muy seria.

–¿Por qué no?

–Porque a ti todo eso del amor, el compromiso y el matrimonio te da alergia.

Nick se encogió de hombros.

–Las cosas cambian.

–Ya, claro. Eso lo dices ahora –dijo Skye yendo hacia la puerta–. No sé a qué estás jugando y qué te propones, pero te aseguro que no te va a salir bien.

Nick se puso también en pie y se acercó a ella.

–No estoy jugando a nada, Skye. Anoche sentí que había algo entre nosotros y me gustaría explorarlo.

Skye sintió que corazón se le aceleraba.

–Pues a mí, no –contestó–. Ya lo hicimos una vez.

–No fue suficiente –dijo Nick mirándola a los ojos.

–¿Y te ha costado cuatro años darte cuenta? –le preguntó cruzándose de brazos.

–Entonces, me comporté como un idiota, pero ahora nos hemos vuelto a encontrar y no creo que debiéramos dejar pasar la oportunidad.

Skye negó con la cabeza.

–Te aseguro que no soy lo que buscas ni lo que quieres –le dijo sinceramente.

Si Nick supiera que tenían una hija, se sentiría agobiado y a su padre le daría un ataque de histeria.

Skye sabía que su padre quedaría profundamente decepcionado si

Nick decidiera casarse con ella.

Skye lo había conocido cuatro años atrás y le había sorprendido agradablemente la relación que tenía con su hijo a pesar de que fuera un hombre con puntos de vistas muy radicales.

En cualquier caso, Nick se llevaba muy bien con su padre y ella no quería estropear eso. Le habría encantado ver la misma adoración en los ojos de su padre cuando la hubiera mirado, pero eso era imposible.

Su padre había abandonado a su madre cuando ella tenía diez años y nunca había querido saber nada de ellas.

Sin embargo, Tara iba a verlo durante su luna de miel, en Europa. Desde luego, su hermana mayor era mucho más valiente que ella. Skye jamás se atrevería a hacer algo así porque, tras sufrir su rechazo, había quedado profundamente traumatizada.

–¿Cómo sabes tú lo que me viene a mi bien? –dijo Nick tomándole el rostro entre las manos y besándola en los labios delicadamente.

Skye se apartó.

–Por favor, Nick –imploró con el corazón acelerado.

Aquello hizo que Nick se desinflara. ¿Ni siquiera iba a considerar la posibilidad de tener una aventura con él? ¿Cómo era posible cuando lo había besado con ardor la noche anterior y su cuerpo ardía bajo sus manos?

Nick frunció el ceño y se dijo que aquello no tenía sentido.

–Skye, ha llegado John –anunció su hermana pequeña llegando a la carrera.

–¿John? –dijo Nick girándose.

–No es ese John –contestó Skye acercándose a la puerta.

Nick miró hacia el pasillo y se encontró con un hombre con una rosa en la mano que se parecía mucho al John que Skye le habían descrito la noche anterior.

–Nick, no, por favor –le dijo Skye poniéndole la mano en el brazo–. Tenemos que hablar.

Pero Nick fue hacia el hombre.

–¿Es usted analista financiero? –le preguntó.

–Sí –contestó John–. ¿Lo llevo escrito en la cara o alguien ha estado hablando de mí? –preguntó mirando a Skye por encima del hombro de Nick.

¡La relación con el otro hombre no había terminado! ¡Skye le había mentido! ¡No era que no estuviera interesada en él sino que estaba con otro hombre!

Nick sintió que la furia se apoderaba de él y apretó los puños, dando un paso hacia aquel estúpido que le había robado lo que era suyo.

–¿Tiene usted una relación con Skye?

–Supongo que se podría decir que sí –contestó John–. La nuestra es una relación intermitente.

–Intermitente –repitió Nick girándose hacia Skye–. ¿Sigues con él?

Skye lo miraba con los ojos muy abiertos y Nick tomó aquello como una contestación.

Acto seguido, fue hacia la puerta y salió a la calle pues necesitaba respirar para aclarar la mente.

Skye se merecía algo mejor, algo mucho mejor, y él estaba dispuesto a demostrárselo por mucho que ella se empeñara en decir lo contrario.

Capítulo 10

Qué había hecho?

Skye se quedó mirando a John, que la miraba extrañado.

–¿Qué pasa?

–Lo siento, John –murmuró Skye apesadumbrada.

John no se merecía aquello. Lo último que se merecía era que Skye le complicara la vida con sus mentiras.

Lo cierto era que sólo habían salido cinco veces y eso había sido hacía muchos meses. ¿Cómo se iba a tomar John que hubiera dicho estupideces sobre ellos para librarse del hombre que resultaba ser el padre de su hija?

El portazo de Nick le hizo preguntarse qué debía hacer. Podía dejar que se fuera creyendo que había vuelto con el hombre por el que él creía que lo había abandonado o podía hablar con él y contarle la verdad.

Skye se mordió la uña del pulgar y dudó unos instantes. Acto seguido, lo siguió a la calle.

No podía permitir que pensara que John era un canalla porque jamás le había hecho daño y, mucho menos, la había dejado por otra mujer.

Al llegar a su altura, lo tomó del brazo y le obligó a pararse, se puso enfrente de él y lo miró a los ojos.

Tenía la explicación en la punta de la lengua, pero, al ver la expresión de Nick, se quedó helada.

Parecía como si estuviera contemplando la posibilidad de asesinar a alguien. ¿A ella o a John?

–Nick...

–No digas nada, no lo quiero saber –ladró Nick–. Si quieres estar con un hombre como ése...

Skye sintió que la sangre le bullía en las venas ante tanta arrogancia, pero, en cualquier caso, quería oír su opinión.

–¿Y si es así?

Nick se pasó los dedos por el pelo y la miró a los ojos.

–¿Cómo te pudiste liar con él?

Skye sacudió la cabeza y se dijo que debería haberlo supuesto antes. Nick veía en John al enemigo, al hombre por el que lo había abandonado.

No podía permitir que John fuera el blanco de la furia de Nick porque había visto de lo que era capaz y no era justo que un hombre al que apenas conocía tuviera que enfrentarse con Nick Coburn.

–Nick, tenemos que hablar –le dijo tomando aire.

–Hablemos –contestó Nick cruzándose de brazos.

–Ven conmigo –le indicó Skye tomándolo de la mano y conduciéndolo a una cafetería cercana.

Una vez allí, lo sentó en una mesa y se sentó enfrente de él tomando aire varias veces para calmarse ante lo que estaba a punto de hacer.

–Nick...

–Estoy dispuesto a perdonarte por dejarme por John –declaró Nick secamente.

Skye sintió que la sangre le bullía en las venas.

–¿Tú perdonarme a mí?

–Es obvio que te engañó y ambos sabemos que fue un error.

–¿Un error? ¡Eres un estúpido arrogante! –exclamó Skye sintiendo la tentación de dejarlo allí sin darle ninguna explicación–. ¿Te crees que la única razón por la que una mujer te podría dejar es porque otro hombre la engañara? ¿No se te ha ocurrido pensar que, tal vez, él fuera bondadoso y estuviera dispuesto a darle a su pareja la familia que ella tanto desea, que estuviera dispuesto a ser el padre de sus hijos y a dedicarse a ellos en cuerpo y alma?

Nick se encogió de hombros.

–Pero no fue así, ¿no?

–Contigo tampoco lo fue –le espetó Skye.

Nick apretó la mandíbula.

–Si ese hombre hubiera sido así, me habrías dicho desde el principio que seguías con él, así que, cuéntame la verdad.

Skye tragó saliva y se dijo que no había marcha atrás.

–Te he mentido –anunció jugando con un azucarillo.

–¿Sobre qué?

–Sobre John.

–¿Sobre qué exactamente de John?

–No te dejé por él.

Nick frunció el ceño.

–¿Cómo? Entonces, ¿por quién fue?

–Por nadie –admitió Skye mordiéndose el labio inferior.

La enormidad de lo que estaba punto de hacer la atenazaba de miedo, pero tenía que seguir adelante.

–No podía seguir con un hombre que no quería formar una familia, que no quería tener hijos –le dijo con un nudo en la garganta.

–¿Cómo?

Skye cruzó los dedos debajo de la mesa.

–No quería perder el tiempo con un hombre que no quería tener

hijos, ¿sabes? Decidí que era mejor poner fin a lo nuestro cuanto antes y, por eso, te dejé.

Nick se echó hacia atrás y se quedó mirándola.

–¿No me dejaste por otro hombre?

–No.

Aquello hizo que Nick la mirara encantado y Skye no pudo evitar sonreír, pues era obvio que le acababa de quitar un gran peso de encima.

Nick se echó hacia delante y le tomó las manos entre las suyas.

–Pero me querías, ¿verdad?

–Sí, te quería, Nick –contestó Skye teniendo mucho cuidado de decirlo en pasado para que Nick entendiera que todo había terminado–. No podía seguir contigo, sin embargo, porque... mira, mi padre dejó a mi madre cuando nosotros éramos pequeñas –le explicó–. Fue muy duro crecer sin padre porque mi madre se tuvo que hacer cargo de todo sin esposo.

–¿Por qué me cuentas esto? –preguntó Nick frunciendo el ceño.

Skye decidió que no podía seguir adelante, que no podía hablarle de Holly. No tenía ni idea de cómo reaccionaría Nick y no podía arriesgarse, ni por ella ni por su hija.

–Te lo digo porque mi gran sueño era... encontrar a un hombre que me quisiera y que quisiera casarse conmigo, vivir en las afueras y tener hijos –contestó Skye–. Tú tenías tu sueño y yo tenía el mío.

–Pero todavía no lo has hecho realidad, ¿verdad?

Skye dudó.

–Todavía no –admitió.

–¿Y te lo estás planteando con John?

–Estoy buscando –contestó Skye encogiéndose de hombros.

–Me lo podrías haber dicho –dijo Nick jugando con la taza de chocolate que le habían llevado–. Podrías haberme dicho que por eso me dejabas.

–¿Y me habrías dejado marchar? –preguntó Skye con un profundo dolor en el corazón.

Lo que más le apetecía en aquellos momentos era hablarle de su hija, de lo maravillosa que era, de su primer diente, de sus primeros pasos, de su primera palabra, pero no podía hacerlo.

–No, no te hubiera dejado marchar –admitió Nick–. Lo podríamos haber solucionado.

–¿Cómo?

–No lo sé, ya se nos habría ocurrido algo.

–¿Cómo tener hijos dentro de diez, quince o veinte años?

–Después de que yo hubiera conseguido profesionalmente lo que

quería.

–¿Y ya lo has conseguido? –preguntó Skye en tono seco.

–No –contestó Nick soltándole la mano.

–No –repitió Skye.

Había hecho bien en no contarle la verdad.

Todo seguía igual que entonces, un compromiso entre ellos era imposible, acababa de quedar claro.

Nick seguía teniendo sus sueños y ella, los suyos.

–¿Crees en el destino? –le dijo Nick de repente–. Nos hemos vuelto a encontrar por algo y yo creo que deberíamos aprovechar la oportunidad. Quiero seguir contigo y ver a dónde nos lleva.

Skye apretó los dientes y apartó la mirada para no mirarlo a los ojos.

–Sé muy bien dónde nos conduciría.

–Sí, creo que los dos lo sabemos –sonrió Nick.

Skye tragó saliva.

–No quiero nada serio, ya lo sabes, podría ser una aventura... –sugirió Nick tomándola de la mano.

–Una aventura –murmuró Skye sintiendo como si le hubiera clavado un cuchillo en el corazón–. ¿Quieres una aventura sin compromisos?

–Exacto –contestó Nick–. No quiero que te sientas atada porque me acabas de decir que sigues buscando un hombre con el que casarte, pero, mientras tanto, podríamos divertirnos.

–Divertirnos, claro.

–Pon tú las condiciones.

Skye cerró los ojos.

A lo mejor, no era lo que parecía.

–Yo tendría mi vida... –propuso.

Skye decidió que no había nada de malo en dejar que Nick creyera que podían tener una relación.

Ella sabía que no era así y, tarde o temprano, él se daría cuenta y todo terminaría definitivamente.

–Y yo, la mía –contestó Nick.

Skye asintió.

–Por las noches... –continuó.

–Saldríamos a cenar, daríamos paseos bajo la luna y disfrutaríamos el uno del otro en tu casa o en la mía –concluyó Nick.

–¿No compartiríamos casa? –preguntó Skye.

–No, no debemos tener prisa. Si todo sale bien, a lo mejor, más tarde. No quiero interferir en tu sueño.

Skye asintió apesadumbrada.

–¿Y qué me contestas?

A Skye le entraron ganas de gritar y de patalear porque ella no quería eso sino todo, lo quería todo y no lo podía tener.

Sintió unas inmensas ganas de llorar, pero, por supuesto, se controló.

–Me lo tengo que pensar –contestó.

–¿Eso quiere decir que no soy irresistible? –bromeó Nick con una sonrisa.

–Tengo que volver al trabajo –anunció Skye poniéndose en pie.

Era horrible saber que lo único que quería de ella era una aventura sin ataduras.

Nick también se puso en pie, la tomó de los hombros y la besó. Skye intentó resistirse, diciéndose que aquel hombre al que tanto amaba jamás sería su compañero de vida ni el padre de sus hijos.

–¿Qué te pasa? –le preguntó él mirándola a los ojos.

–Nada –contestó Skye–. Es que tengo mucho trabajo, ya sabes... –mintió.

La anterior vez que había estado con él le había costado un esfuerzo sobrehumano dejarlo ir, pero ahora no sabía qué iba a hacer.

Capítulo 11

Era idiota.

Nick apretó los puños y se preguntó qué se había apoderado de él para plantearle una relación así a Skye.

Jamás se había mostrado así con una mujer. Obviamente, había perdido la cabeza.

Normalmente, dejaba que la naturaleza siguiera su curso y eso no le llevaba a ningún lugar comprometido porque, normalmente, no tenía nada en común con las mujeres con las que salía, sólo una relación sexual muy placentera.

Acababa de meter la pata.

Le tenía que dar igual que Skye encontrara a otro hombre, a él lo único que le tenía que importar era olvidarse de ella y quedar con ella no lo estaba ayudando en absoluto.

Más bien, al contrario.

Su idea de que Skye iba a caer rendida en sus brazos no había salido bien. Nick creía que se iba derretir en cuanto la enviara las flores y los bombones, que estaría completamente enamorada de él para después de la cena.

Había esperado algún tipo de respuesta ante su propuesta...

Mientras se dirigía al coche, pensó que lo de John había sido una sorpresa. Aunque aquel hombre no se la hubiera arrebatado, no quería verlo cerca de Skye.

Además, aquel hombre tenía pinta de ser aburrido y conservador hasta límites insospechados.

¿Qué se podía esperar de un analista financiero? No era el hombre apropiado para Skye.

¿Por qué saldría con él? Obviamente, tendría unos buenos ingresos, sería una persona predecible y le daría la casa con jardín en las afueras y los hijos que ella quisiera.

Aun así, no podía permitir que Skye lo eligiera a él.

Mientras se metía en el coche, decidió que tenía que cambiar de táctica. Había entrado en la vida de Skye como un elefante en una cacharrería y tenía que frenar un poco.

Tenía que enamorarla de nuevo hasta conseguir que se olvidara de casarse y de tener hijos y sólo pensara en él.

Nick sonrió, dispuesto a descubrir por qué lo había dejado en realidad ya que no se creía que Skye hubiera sido capaz de sacrificar lo que tenían por el sueño de tener hijos en el futuro.

Pero si entonces sólo tenía veinte años, toda la vida por delante

para ser madre. No, había tenido que ser por otro hombre y Nick estaba decidido a averiguar quién había sido el ladrón y a crucificarlo.

Tenía muy claro lo que quería. Quería a Skye. Unas cuantas semanas con ella y podría olvidarse de Skye Andrews para siempre.

–Mira lo que te acaban de traer –dijo Riana entrando en el despacho de Skye con una rosa amarilla.

–¿Es de John? –preguntó Skye.

Riana negó con la cabeza.

–¿Nick?

Riana asintió y le entregó la flor.

–¿Maggie sigue enferma?

–Sí –contestó su hermana–. Perdona por llegar tarde, pero anoche tuve una cita y me he acostado muy tarde.

Skye sonrió.

–¿Tenemos algún florero por ahí para poner esta flor? –le preguntó a Riana.

–Sí, hay uno en la cocina.

Skye se puso en pie y salió al pasillo. Riana la siguió.

–Ya lo hago yo sola.

–No creo que puedas.

Skye miró a su hermana pequeña y se dio cuenta de que tenía razón. No quería estar sola y no quería hacer aquello sola.

Razón más que suficiente para ignorar a Nick Coburn y buscar a un hombre amable y tranquilo para casarse con él.

Riana la siguió hasta la pequeña cocina.

–Esto de ser recepcionista me gusta mucho –comentó Riana.

–¿Ah, sí? –le preguntó Skye colocando la rosa en un florero de cuello alto.

–Me gusta no estar sola, me gusta estar en el ajo de todo lo que ocurre, ver a la gente que pasa, escuchar las conversaciones de todo el mundo y ayudarte a ti con tu vida amorosa.

–Hablas igual que mamá –sonrió Skye–. En cualquier caso, mi vida amorosa es un desastre.

Riana se encogió de hombros.

–Estoy bastante asustada –admitió Skye.

–¿Por qué?

–Cuando el otro día me mandó una floristería entera, no me dio miedo, pero el hecho de que me mande sólo una rosa amarilla es realmente peligroso.

–No te entiendo.

–Tal vez, estoy malinterpretando la situación –contestó Skye encogiéndose de hombros.

Tal vez, la estaba malinterpretando porque precisamente quería que Nick la deseara, quería que la sedujera y la convenciera para decir que sí a aquella relación porque, así, por fin el secreto que llevaba en su corazón saldría a la luz.

No podía ocultarle la existencia de su hija para siempre, sobre todo si tuvieran una relación.

Al pensar en aquella posibilidad, sintió que se excitaba. Una relación con Nick Coburn, volver a besarlo, volver a acariciar su cuerpo, volver a amarlo.

Sí, oh, sí, por favor.

No, no podía ser.

¿Qué haría Nick si se enterara de la existencia de Holly?

–Un poco de peligro no hace daño a nadie –comentó su hermana–. Por cierto, hoy me tengo que ir un poco antes.

–¿Tienes otra cita de ésas que te hacen acostarte tarde?

Riana asintió.

–El chico con el que estoy saliendo ahora me da muy buena impresión porque es una monada, simpático y tan...

Skye asintió.

–No hay problema, sal cuando te venga bien. Si quieres, podemos contratar a una temporal.

–¿Y perderme todo esto? –sonrió Riana–. Tara ya se ha ido a supervisar la boda Tate, así que te toca cerrar a ti.

–Muy bien –contestó Skye–. Yo me voy a quedar un rato porque todavía tengo que planificar un par de bodas.

–¿Por qué no le dices a Maggie cuando se recupere que te ayude? Así, aunque mamá esté enferma, tú podrías trabajar otra vez media jornada y tener el resto del día para estar con Holly –sugirió Riana.

¡Una idea genial! No sería necesario buscar a nadie, Maggie era la persona perfecta.

–Con unas cuantas explicaciones, estaría lista para ayudarme –recapacitó Skye mientras volvía a su despacho.

–Creo que a ella le encantaría –opinó Riana.

–Sí, pero no se lo digas todavía. Voy a hablar con Tara para ver qué le parece a ella, pero estoy casi segura de que le va a parecer una idea estupenda.

–Me alegro por todas, así estaremos más tranquilas –sonrió Riana–. Buenas noches, Skye.

–Buenas noches.

Una vez a solas, Skye se concentró en el trabajo, pero, de vez en cuando, no podía evitar mirar la rosa amarilla que tenía sobre la mesa.

¿Qué le iba a contestar a Nick?

–Deberías cerrar la puerta con llave –dijo una voz familiar desde la puerta.

–Nick –exclamó Skye levantando la cabeza.

–Son más de las siete y tienes la puerta principal abierta –insistió Nick acercándose con las manos a la espalda.

Skye se puso en pie y se dio cuenta de que el corazón le latía aceleradamente.

–Se me ha pasado el tiempo volando. ¿Qué haces por aquí?

–Pasaba por aquí y... ¿tienes hambre? –contestó mostrándole dos cartones de comida.

El olor a comida china envolvió Skye.

–Sí, pero, ¿cuánto me va a costar?

–Nada, de verdad –contestó Nick mirándola de arriba abajo lánguidamente–. Bueno, tal vez, un beso.

–Me parece que no lo vale.

Nick enarcó una ceja.

–¿Acaso beso mal?

–No.

–¿Entonces?

Skye se acercó a la puerta.

–Besarte no me importa, pero lo que pueda suceder luego me preocupa más –contestó.

Nick dejó las bolsas sobre la mesa y se sentó en el sofá.

–Eso quiere decir que tienes adicción a mí. Hay algunos centros donde puedes desintoxicarte, pero es una cura larga y dolorosa –bromeó.

–Ya lo sé.

Nick la miró con los ojos muy abiertos.

–¿Ya lo sabes?

Skye se dio cuenta de que había hablado demasiado y lo último que quería era que Nick creyera que sentía algo por él.

–Te recuerdo que leo los periódicos.

–Ah –dijo Nick vaciando las bolsas sobre la mesa y abriendo los contenedores de comida–. No te creas siempre lo que publican.

–Claro –contestó Skye–. Voy a cerrar la puerta.

–Me he tomado la libertad de hacerlo yo.

Skye miró el pasillo y vio que, efectivamente, todo estaba a oscuras.

Estaba allí encerrada con Nick.

Tomó aire y se acercó al sofá.

–¿Has venido buscando una respuesta a la propuesta de anoche? –le espetó.

–No, he venido a pedirte perdón –contestó Nick–. No debería haberte puesto en esa situación. No pensé lo que decía. No tienes que contestarme nada. Para empezar, jamás tendría que haberte hecho esa propuesta, me dejé llevar.

–¿Eso quiere decir que no quieres tener una aventura conmigo?

–Claro que quiero –sonrió Nick–. Lo que te estoy diciendo es que no debería haberlo soltado así porque no fue romántico por mi parte.

–¿Es que acaso las aventuras sin ataduras pueden ser románticas?

–Claro que sí, sobre todo si no expones las normas con tan poca delicadeza como yo lo hice ayer. Lo siento.

Skye se sentó en el otro extremo del sofá y miró la comida para intentar concentrarse en el vacío que sentía en el estómago y no en el que había en su corazón.

–Lo bueno de decir las cosas de manera tan clara es que nadie sufre porque no se producen malos entendidos –comentó.

–En eso tienes razón –contestó Nick–. Eso pensé yo al principio, que preferirías que pusiéramos las cartas sobre la mesa.

–Es una pena que no seas tan considerado con las modelos.

–Ya –contestó Nick entregándole unos palillos.

–Claro que yo no soy una de tus modelos, ¿verdad?

–No, no lo eres –contestó Nick.

Skye tomó el pollo agridulce y se relamió pues era su plato preferido.

–¿Es que acaso tienes un cuaderno donde apuntas los gustos de todas las chicas con las que sales?

–No, ¿por qué?

–Porque el pollo agridulce es lo que más me gusta de la comida china.

–Ya lo sé, me acuerdo perfectamente –contestó Nick.

Aquello hizo que Skye se sonrojara.

–¿De qué más te acuerdas?

–De todo.

–¿De todo? –exclamó Skye.

Nick asintió mientras degustaba las verduras con salsa de soja.

–Lo que me sorprende es que me dijeras que había otro hombre y no fuera cierto.

–¿No me crees?

–Yo no he dicho eso.

–Entonces, ¿para qué has venido?

–Para traerte comida –sonrió Nick–. Veo que sigues haciendo lo mismo que entonces, sigues comiéndote primero el pollo y luego la salsa.

–Deja de hacer eso –se lamentó Skye.

–¿El qué?

–Deja de recordarme cómo era entonces.

–¿Por qué? Eras preciosa –contestó Nick mirándola–. Y yo era el hombre más afortunado del mundo por tenerte a mi lado.

–¿De verdad? –preguntó Skye.

Nick dejó su plato sobre la mesa y la miró muy serio.

–Perdona por no habértelo demostrado, por no habértelo dicho, pero era joven y estaba asustado de lo que sentía por ti.

–¿Y que sentías por mí? –quiso saber Skye.

Nick se acercó a ella.

–Sentía amor, Skye. Te quería de verdad.

Skye sacudió la cabeza y sintió lágrimas ardientes detrás de los párpados. Lo más seguro era que Nick ni siquiera supiera el significado de aquellas palabras, que solamente las utilizara para conseguir lo que quería porque, si de verdad la hubiera querido, habría sido lo más importante en su vida y no el trabajo.

Nick se acercó todavía más a ella y le acarició la mejilla.

–No, Nick, por favor –rogó Skye.

Pero Nick siguió acariciándola y Skye cerró los ojos y se preguntó si de verdad aquello estaba ocurriendo, si de verdad aquel hombre la quería, si podía confiar en él.

¿O sería todo un juego?

Capítulo 12

Nick la besó delicadamente.

–Ayer me dijiste que tú también me querías –murmuró tomándole el rostro entre las manos.

Skye se estremeció de pies a cabeza.

–Sí.

–Entonces, supongo que fue muy difícil para ti abandonarme –comentó apartándole un mechón de pelo de la cara.

–Sí –contestó Skye sintiendo el cuerpo en llamas.

Nick se inclinó sobre ella y la besó en el cuello.

–Supongo que tendrías una razón muy fuerte para hacerlo –comentó.

–Sí –contestó Skye sintiendo un escalofrío por la espalda.

Nick siguió besándola por el cuello.

–¿Por quién me dejaste?

Aquellas palabras hicieron que Skye volviera a la realidad.

–¡Así que es eso! –exclamó–. No me has creído, ¿verdad? ¡Ya te he dicho que no fue por otro!

–Júramelo.

Skye lo miró a los ojos.

–Te juro, Nick, que no había otro hombre.

–No lo entiendo.

Skye se puso en pie y se apartó de él todo lo que pudo.

–Así que se trataba de eso, de asegurarte que no había habido otro hombre –comentó mirando por la ventana.

–No, quiero estar contigo, Skye –contestó Nick acercándose a ella.

–¿De verdad quieres saber lo que me costó dejarte? –le espetó Skye girándose hacia él–. Casi me mata. ¿Contento?

–Entonces, ¿por qué lo hiciste?

–Ya te lo he explicado.

–No tiene sentido. Nada tiene sentido. Me estás volviendo loco, Skye. A mí me gusta tenerlo todo controlado, entender lo que ocurre en mi vida, pero, desde que tú me dejaste…

–Pues lo siento mucho, pero así es la vida, así que te vas a tener que acostumbrar –le espetó Skye.

–No me vas a contar la verdad, ¿verdad? –insistió Nick cruzándose de brazos.

–No podrías soportarla –contestó Skye.

–Entonces, se trata de otro hombre –dijo Nick.

–No –contestó Skye–. Nunca hubo otro hombre, Nick.

–Entonces, ¿por qué? Quiero saberlo –exigió Nick.

–Lo sabrás cuando hayas crecido –contestó Skye yendo hacia su mesa.

–¿Cómo? ¿Qué demonios significa eso?

–Cuando dejes de correr detrás de todo lo que tiene faldas, te contaré por qué te dejé. Hasta entonces...

–¿No confías en mí?

–Tú mismo dices que estás muy orgulloso de salir con una modelo detrás de otra, así que no creo que seas digno de mi confianza, no –contestó Skye.

–Tú sabes cómo soy en realidad, Skye. Estos últimos años han sido de locos –le aseguró tomándola entre sus brazos y besándola con pasión.

–No sé si eres de verdad o si estás jugando conmigo –se lamentó Skye derritiéndose contra él.

Nick tampoco lo sabía.

–Por favor, vete.

Nick la miró a los ojos. No entendía nada. ¿Por qué le pedía que se fuera cuando era obvio que lo deseaba con todo su cuerpo?

Obviamente, la respuesta estaba cuatro años atrás, en algo que le había sucedido a Skye y de lo que él no se había percatado porque estaba demasiado ocupado con su trabajo.

Pero ahora estaba decidido a averiguarlo y, luego, enamoraría a Skye Andrews como si fuera el único hombre sobre la faz de la tierra.

Así que Nick fue hacia la puerta tomando aire varias veces para calmarse y decidió dejarla a solas para que pensara en su propuesta.

Salió a la calle sin mirar atrás y, una vez en el coche, esperó a que Skye saliera también pues no había cerrado la puerta con llave y no quería que le sucediera nada.

La deseaba y, costara lo que costara, la iba a tener.

No le importaba por qué lo había abandonado en realidad porque, pasara lo que pasara, no estaba dispuesto a que se escapara de nuevo.

Si hubiera querido, habría podido dar otro paso porque había conseguido emocionarla y confundirla con sus palabras, habría sido fácil apartar sus preocupaciones con besos y caricias, pero Nick quería más.

Entonces, se dio cuenta de que era muy posible que estuviera enamorado de aquella mujer y aquello lo dejó paralizado pues no sabía qué hacer.

Capítulo 13

Skye llegó a casa y encontró a Chloe haciendo los deberes en la mesa del salón. Lo cierto era que era estupendo tener a aquella chica que cuidaba de Holly cuando la canguro se iba.

Alquilarle una habitación a una estudiante universitaria había sido una idea estupenda que, además, la ayudaba a olvidarse de sus preocupaciones.

–¿Qué tal? –le preguntó la joven.

–Muy bien, estupendamente –contestó Skye–. ¿Te gustan los bombones? –añadió dejando varias cajas sobre la mesa.

No había sabido nada de Nick desde la noche anterior y no sabía si sentirse aliviada o decepcionada.

¿Querría eso decir que estaba planteándose lo que le había dicho de que tenía que madurar? ¿Sería capaz de darse cuenta de que el trabajo no lo es todo y de que la familia es mucho más importante en la vida de una persona?

No, imposible.

Conociendo a su padre, Skye sabía que Nick jamás se casaría y tendría hijos pues su máxima ambición en la vida era conseguir para su padre y lo que él no había podido hacer.

Seguramente, estaría dando gracias al cielo por haberse librado de ella y, de no ser así, lo haría si supiera de la existencia de Holly.

–¿Vas a volver a salir? –preguntó Chloe–. No me importa quedarme con Holly.

Al oír su nombre, la pequeña, que estaba viendo la televisión, se levantó y corrió a abrazar a su madre.

–¡Mami!

Skye la tomó entre sus brazos mientras se decía que lo que estaba haciendo era por ella, por las dos, por su futuro.

¿Tenía derecho, por otro lado, a privar a Holly de su padre? ¿No debería arriesgarse a iniciar una relación con él y ver qué pasaba cuando se enterara de que tenía una hija?

Acarició el pelo de su hija y la miró a los ojos, que eran igual que los de su padre, y se preguntó si la pequeña podría asumir el rechazo de su progenitor.

¿Podría ella?

–Hemos hecho galletas –anunció la pequeña–. Te había guardado una, pero Eddy se la ha comido.

–Ayer también se comió mi trozo de bizcocho, ¿no? –sonrió Skye.

Desde luego, a la gata de Chloe le gustaba el dulce.

–¿Te vienes a ver los dibujos animados conmigo, mamá? –preguntó Holly.

–Lo siento, cariño, pero voy a estar trabajando un rato en la cocina. Chloe los verá contigo, ¿verdad, Chloe?

–Claro que sí –contestó la joven encantada.

–Cuando se hayan terminado los muñecos, os venís a la cocina y preparamos una pizza para cenar, ¿de acuerdo? –propuso Skye.

–¡Genial! –contestó la niña–. ¡Eh, que ya empiezan!

Skye se fue a cambiar de ropa intentando no pensar en Nick, pero no pudo evitar recordar que le había dicho que la deseaba.

Sí, era obvio. A su manera, pero la deseaba. Era un gran cumplido. ¿Acaso se había vuelto loca por querer tenerlo todo? ¿Merecía la pena tener una aventura sin ataduras con él?

Tal vez, no estaría tan mal. Tal vez, Nick se daría cuenta de que había algo mucho más importante en la vida que el trabajo, tal vez cuando se enterara de la existencia de Holly no se muriera de miedo y, cuando la conociera, le encantara.

Tal vez, al saber que era padre, reconsideraría su forma de vida...

Skye se tocó los labios y recordó el beso que le había dado la noche anterior. El hombre al que amaba había vuelto a su vida.

¿Habría alguna posibilidad de que formaran una familia?

Tendría que contarle la verdad y no sabía cómo iba a reaccionar al enterarse de que tenía lo que precisamente siempre se había negado a tener.

¿Merecería la pena arriesgarse?

Nick subió los escalones de la bonita casa estilo victoriano de Skye con un ramo de rosas amarillas apoyadas contra el pecho.

Si jugaba bien sus cartas, tendría Skye a sus pies en breve.

No podía dejar de pensar en ella, no quería volver a perderla por nada del mundo. Por eso, lo tenía todo planeado.

No quería agobiarla, debía dejar que las cosas fluyeran con naturalidad, tenía que conseguir que Skye creyera que podía seguir buscando a su media naranja mientras él la convencía de que su media naranja era él.

Tenía que conseguir convencerla de que, a pesar de que iba a tener que seguir concentrado en su carrera profesional durante unos años, luego, podría darle todo lo que necesitara.

Mientras llamaba a la puerta, se dio cuenta de que el corazón le latía aceleradamente.

Una niña abrió. Llevaba un pijama de ositos, tenía el pelo oscuro recogido en dos coletas y lo miraba extrañada como si fuera un extraterrestre.

–Creo que me he equivocado de casa –dijo Nick comprobando el número–. ¿Vive aquí Skye Andrews? –preguntó nervioso.

No podía ser, si Skye tuviera hijos, se lo habría dicho.

–Ya voy –dijo una chica joven llegando a la puerta con un gato en brazos–. Holly, vete a tomarte los cereales, que se están convirtiendo en una papilla – le dijo a la niña–. ¿A quién busca? –le preguntó a Nick.

–Quería ver a Skye Andrews –contestó él–. ¿Vive aquí?

–Sí, ésta es su casa –contestó la joven–. Nosotras vivimos con ella.

Nick suspiró aliviado.

–Me parece que todavía no se ha despertado.

–Me gustaría sorprenderla –sonrió Nick recordando haberla despertado con un ramo de rosas amarillas en el pasado.

Entonces, le acariciaba la cara con los pétalos y terminaban haciendo el amor apasionadamente.

–Veo que la conoce bien –comentó la joven mirando el ramo de flores.

–Muy bien –contestó Nick alargando la mano–. Nick Coburn –se presentó.

–Chloe –contestó la chica estrechándosela–. Muy bien, pasa. Es arriba, la primera puerta de la izquierda.

Nick entró y subió las escaleras. Al abrir la puerta, se quedó de piedra. Aquello era como un sueño. Skye estaba tumbada en la cama con el pelo sobre las almohada y los ojos cerrados.

Parecía un ángel.

Nick sintió que aquella mujer era demasiado buena para él. No se la merecía y aquello le hizo considerar la posibilidad de irse y de vivir una vida vacía antes que arriesgarse.

Sin embargo, tomó aire y se dijo que nunca se había asustado de nada y que no era el momento de empezar a flaquear.

Así que se acercó a la cama y dejó la rosas en la almohada. A continuación, se sentó en el borde de la cama y la besó delicadamente en los labios.

–Mmm, Nick –ronroneó Skye.

–Skye –murmuró Nick.

Skye abrió los ojos estupefacta.

–¡Nick! ¿Qué demonios haces aquí?

–Tranquila –contestó Nick poniéndose en pie a pesar de que quería tomarla entre sus brazos.

–¿Has… quiero decir… cómo has entrado? –preguntó Skye dando un respingo.

–La joven que vive abajo con su adorable hija me ha abierto –

contestó Nick muy contento.

–¿Su hija? –exclamó Skye apartando las sábanas y poniéndose en pie.

–Sí –contestó Nick–. ¿Qué te pasa?

–Estás... estás... estás en mi habitación.

Nick sonrió encantado.

–Sí, ya sé que es un lugar muy íntimo, pero quería venir a decirte que he estado pensando...

–Nick, yo también he estado pensando y he llegado a la conclusión de que en la vida hay cosas mucho más importantes que salir a cenar a buenos restaurantes, así que he decidido que... eh...

Nick se dio cuenta de que Skye estaba muy incómoda por su presencia y se preguntó si eso significaba que le iba a decir que no.

–Te aseguro que no habrá ataduras –la interrumpió–. Podrás ver a otros hombres si quieres –propuso.

–¿Y tú verás otras mujeres?

–Si quiero, sí –contestó Nick a pesar de que sabía que no iba a querer teniéndola a ella–. Tú sigues soltera, así que no hay ningún problema, ¿no?

–Nick, será mejor que te sientes porque te tengo que decir una cosa muy importante.

En ese momento, se abrió la puerta y entró Holly.

–¿Jugamos? –dijo la niña subiéndose a la cama.

–Ahora, no –contestó su madre–. Vete abajo con Chloe, por favor.

La niña se puso en pie sobre la cama y miró a Nick.

–Me llamó Holly.

–Yo me llamo Nick –le dijo a la pequeña sonriendo y pensando que se parecía más a Skye que a la chica rubia de abajo pues aquella niña tenía el pelo negro y la piel aceitunada.

Al instante, sintió que el corazón le daba un vuelco. Miró a Skye y se dijo que era imposible, que de haber tenido una hija se lo habría contado.

–Nick... –murmuró Skye.

Y Nick lo vio claro por su tono de voz y por cómo lo miraba.

Nick apretó los puños.

–¿Dónde está tu mamá? –le preguntó a la niña sin dejar de mirar a Skye, que había palidecido.

La pequeña se giró sin dudarlo hacia ella y la señaló.

–Mamá –anunció con orgullo.

Nick se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en la boca del estómago y se puso en pie.

–La chica de abajo me ha dicho que vivían aquí –dijo en tono

acusador.

–Su gata y ella viven aquí –suspiró Skye.

–Ya –dijo Nick pasándose los dedos por el pelo.

–Te lo puedo explicar.

–No te molestes –contestó Nick yendo hacia la puerta y bajando los escalones de tres en tres.

Era obvio que Skye había encontrado a un hombre con el que había hecho realidad la mitad de su sueño y ahora estaba buscando a otro para hacer realidad la otra mitad.

Eso quería decir que no quedaba nada para él.

Capítulo 14

Nick, espera –exclamó Skye poniéndose unos vaqueros y una sudadera a toda velocidad.

No quería que se enterara así. No tenía que haber sido así. Hubiera preferido, tal y como había soñado muchas veces, que Holly llevara uno de sus preciosos vestidos de fiesta y que Nick se acercara a ella a sabiendo ya quién era.

Miró a su hija, sintiéndose infinitamente culpable.

–Vete con Chloe –le indicó intentando sonreír.

–No –contestó la niña–. ¿Estás triste?

–No, cariño, mamá está bien –mintió Skye tomándola brazos.

Maldición, aquello no tendría que haber sucedido así y ver salir a Nick corriendo era un golpe duro de asimilar.

Había hecho bien en dejarlo cuatro años atrás al enterarse de que estaba embarazada. Había pasado unas semanas terribles preguntándose si debía decírselo o no, lo veía trabajar sin descanso, esforzarse para prosperar y para llegar muy alto y sabía que, si tenía que hacerse cargo de una mujer y de un hijo a tan temprana edad, su carrera profesional se frenaría.

Cuando Nick le había contado los sueños que su padre tenía para él y de cómo su hermano mayor no había cumplido con ellos, Skye tuvo claro que debía abandonarlo para no interferir.

Lo amaba tanto que no quería que se sacrificara por ella, no había tenido opción porque lo que sí había tenido muy claro desde el principio era que no quería abortar, que quería ser madre de aquel bebé le costara lo que le costara.

Su familia la había apoyado en todo momento. Su hermana mayor había dejado su trabajo para que todas pudieran vivir juntas y se había hecho cargo de Camelot para que Skye pudiera cuidar de su hija.

Así, Skye no había tenido más opción que no hablarle jamás a Nick de la niña. Sabía que era un hombre muy responsable y no quería cargarlo con aquella responsabilidad.

Por no querer que sacrificara sus sueños, había tenido que pagar un precio: quedarse sin padre para su hija, sin compañero de vida y sin la familia completa con la que soñaba.

Skye abrazó a Holly con fuerza y se repitió una y otra vez que había hecho lo correcto no hablándole de su hija, pero aquello no sirvió para consolarla.

No pudo evitar que las lágrimas le resbalaran por las mejillas

mientras se sentaba en la cama con la hija de Nick entre los brazos y comprendía que todo había terminado, que su familia era Holly y nadie más.

Nick llegó a su despacho y cerró de un portazo.

Maldita mujer.

No podía dejar de pensar en ella.

Llevaba días haciéndose preguntas y decidiendo si debía llamarla para que le contara qué demonios estaba sucediendo o si era mejor no volver a verla jamás.

¿Cómo había podido?

Skye había comenzado la familia con la que siempre había soñado mientras él estaba demasiado ocupado con su trabajo, escalando en el mercado laboral y saliendo con rubias que a menudo miraban más al espejo que a él.

Los últimos cuatro años en la vida de Skye habían sido plenos, se había dedicado a cuidar de su hija, a mimarla y a alimentarla, a verla crecer…

Nick se pasó los dedos por el pelo y apretó la mandíbula.

¿Qué creía? Aquella mujer estaba llena de amor y él había sido un completo idiota por creer que no lo iba a compartir con otra persona.

En aquellos cuatro años, todo había cambiado.

Skye tenía una hija.

Maldición.

¿De quién sería? ¿Y por qué ya no estaba con el padre de la niña? ¿Sería el hombre por el que lo había abandonado? ¿Le habría mentido en eso también? ¿Lo habría dejado para tener una hija con otro?

No tenía ni idea de dónde empezaban las mentiras y dónde terminaba la verdad. A ver si el detective privado que había contratado era capaz de averiguar el nombre del bastardo que había dejado embarazada a Skye y luego la había abandonado.

Nick intentó concentrarse en otras cosas para dejar de pensar en ella, por ejemplo en que había quedado con Sandra el viernes a las cinco para tomar una copa después de haber ido a la última prueba del esmoquin.

De repente, comprendió que Skye no sólo estaba buscando una pareja para ella sino un padre para su hija.

Por mucho que la quisiera, no podía ser él.

Nick se pasó todo el día incapaz de concentrarse en el trabajo, pensando en Skye, en que por mucho que su gran sueño había sido tener una familia, al final, le había pasado lo mismo que su madre y era madre soltera.

Nick sabía que se merecía mucho más, pero no sabía qué hacer

porque no sabía en qué le había mentido Skye.

Capítulo 15

El esmoquin le quedaba perfecto.

Desde luego, el sastre había hecho un trabajo impecable.

–Hola –saludó Skye al entrar.

–El esmoquin me queda muy bien –contestó Nick secamente–. No tengo ninguna queja del servicio de Camelot. La boda de Cynthia y Paul va a salir fantástica –añadió preguntándose por qué demonios había accedido a ser el padrino.

–Nick...

–No tenemos nada de lo que hablar –contestó Nick.

Lo último que le apetecía era tener que oír los sórdidos detalles de la relación de Skye con el otro hombre, con aquel hombre que era el padre de su adorable hija.

–¿Cómo eres capaz de decir que no tenemos nada de lo que hablar? –se indignó Skye–. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

Nick negó con la cabeza y se encaminó a la puerta, pero Skye lo agarró del hombro.

–¿Tanto me odias?

Nick la miró a los ojos y vio que estaba sufriendo.

–¿Odiarte? Por supuesto que no, Skye –contestó sinceramente.

La verdad era que Nick no sabía si tomarla entre sus brazos y borrarle el ceño a besos o salir corriendo.

–Menos mal –suspiró Skye aliviada–. Lo siento mucho.

–La verdad es que fue toda una sorpresa –admitió Nick–. Era lo último que me esperaba...

–Sí, lo sé, pero...

–¿Por qué no me lo has dicho? –preguntó Nick cruzándose de brazos.

Skye se mordió el labio inferior.

–Podemos hablar de ello, ¿no?

¿Acaso creía Skye que podían seguir teniendo una aventura cuando ella tenía una hija? Para Nick, era imposible. Por el bien de la niña, no podía ser.

–Skye...

–Holly necesita a su padre –dijo Skye con decisión.

–Lo entiendo perfectamente –contestó Nick tensándose–. Claro que lo podrías haber pensado hace años, cuando te quedaste embarazada, ¿no?

–Sí –contestó Skye con un hilo de voz.

Nick pensó que el padre de aquella niña no sabía lo que se estaba

perdiendo pues tenía una hija adorable.

–Lo cierto es que no me quedé embarazada en el mejor momento y...

–¿Y cuándo lo iba a ser? –ladró Nick–. Si el bastardo que te dejó embarazada no tuvo el sentido común como para quedarse contigo y con Holly, ¿qué te hace pensar que ahora sí lo va a hacer?

Skye se quedó mirando a Nick con los ojos muy abiertos. ¿Qué estaba diciendo? ¿Acaso le estaba dando a entender que hubiera preferido no saberlo nunca?

–Nick...

–Deberías haber buscado un hombre decente con el que poder formar la familia que siempre quisiste.

Skye lo miró con tristeza.

–¿Me estás diciendo que no puedo contar contigo ni siquiera para que la veas de vez en cuando? –le preguntó con lágrimas en los ojos.

Nick la miró a los ojos.

–No me esperaba esto de ti –dijo Skye con amargura–. No esperaba que nos dieras la espalda.

–Esto no tiene nada que ver conmigo –contestó Nick–. Habla con su padre.

–Nick, su padre eres tú –le recordó Skye.

–¿Cómo?

¿Por qué le hacía repetírselo? ¿Era aquello un nuevo método de tortura?

–Holly es hija tuya, Nick.

–¿Mía? –repitió Nick mirándola con la boca abierta.

–Creí que te habías dado cuenta... cuando la viste el sábado –dijo Skye confusa–. Te fuiste corriendo y creí que habías comprendido que era tu hija.

–Comprendí que había una niña, que era hija tuya –contestó Nick presa del pánico–. Lo que nunca imaginé fue que fuera mía...

–¿Eres tan idiota que no sabes calcular la edad de una niña? ¿Acaso no has visto que tiene los mismos ojos que tú?

Nick sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

–Lo cierto es que no suelo pasar mucho tiempo con niños –se excusó–. ¿Soy padre? Estás de broma, ¿no?

–Por supuesto que no estoy de broma –contestó Skye apoyándose en el respaldo de una silla–. Holly es hija tuya.

Nick sintió que el corazón le latía aceleradamente. Aquello no podía estar sucediendo.

–¿No hubo otro hombre?

–No, ya te dije que no te dejé por otro. Cuando me fui, estaba

embarazada de Holly.

–Skye –murmuró Nick.

Skye había tenido a su hija... sola. Sin él.

–¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué me mentiste?

Skye bajo la mirada.

–Yo...

Nick se pasó los dedos por el pelo.

–Me lo tendrías que haber dicho, tenía derecho a saberlo, soy su padre.

–Efectivamente, el veintiocho de agosto hace cuatro años que eres su padre.

Nick apretó las mandíbulas. Skye le había mentido. Se había ido con su hija y se la había guardado para ella solita y, si no hubiera ido a su casa, jamás se habría enterado.

–¿Me lo ibas a contar alguna vez?

Skye apretó las mandíbulas y los puños.

Nick se preguntó por qué no quería decírselo. ¿Acaso no lo creía lo suficientemente bueno?

–Nick, cariño, por fin te encuentro –dijo una voz femenina a sus espaldas.

Nick se giró y se encontró con Sandra. Llevaba un vestidito negro muy corto, el pelo suelto e iba muy maquillada.

Sandra fue hacia él y lo agarró del brazo.

–No te puedes ni imaginar cuánto me apetece salir contigo esta noche –comentó mirando a Skye de reojo–. Por si no lo sabes, tienes muy buena fama –rió–. ¿Dónde has reservado?

Skye lo estaba mirando fijamente y Nick sabía lo que estaba pensando y tenía razón. Así era él, así eran las mujeres con las que salía.

¿Iba a cambiar ahora que sabía que tenía una hija? ¿Podía hacer público que tenía una niña? Aquello sería un golpe terrible para su padre.

¿Acaso Skye había estado con él única y exclusivamente para quedarse embarazada? Eso explicaría que se hubiera ido con tantas prisas.

Nick apretó la mandíbula. ¿Había jugado con él? ¿Por qué no se lo había dicho? ¿Por qué le había mentido?

–Vámonos –dijo Sandra tirándole del brazo hacia la puerta–. No sabes qué bonito es mi vestido, es rosa palo y tiene un montón de encajes de estilo clásico que...

Mientras andaba, Nick sentía que el corazón le latía aceleradamente contra las costillas y, a cada paso que daba, se

preguntaba si estaba haciendo lo correcto dejando a la madre de su hija atrás sin ni siquiera volver la cabeza.

Por primera vez en su vida, no tenía ni idea de lo que debía hacer.

Capítulo 16

Skye estaba sentada en su despacho, intentando parar la cascada de lágrimas que la huida de Nick había provocado.

Nick sabía que Holly era hija suya y la había ignorado por completo y, para colmo, se había ido con aquella dama de honor rubia y provocativa.

Skye se limpió las lágrimas y tomó aire varias veces.

Lo último que hubiera imaginado era que Nick no se había enterado el sábado de que Holly era hija suya.

Por muy buen abogado que fuera, desde luego, a veces resultaba un poco torpe porque había tenido a la niña frente a sí durante un buen rato y no se había dado cuenta.

Skye tragó saliva y decidió que, a pesar de que se hubiera ido con otra mujer, necesitaba hablar con él para explicarle por qué lo había abandonado porque debía de haber sido un fuerte golpe para él enterarse de repente de que era padre.

Debía darle tiempo para que asimilara la información. Estaba segura de que pronto tendría muchas preguntas y tenía que aclarar la mente para darle las respuestas indicadas.

Skye decidió que ya bastaba de llorar, que ya había derramado suficientes lágrimas por Nick Coburn en los últimos cuatro años.

A pesar de sus sueños, de sus fantasías, en las que Nick aparecía de repente y, al enterarse de que era el padre de Holly, cambiaba por completo y decidía formar una familia con ellas, su cara al enterarse de la verdad había sido suficiente como para que Skye entendiera que aquello nunca se iba producir.

Por si fuera poco, se había ido con la rubia.

Era obvio que no sentía nada por ellas. Enterarse de que Holly era hija suya no cambiaba su vida en absoluto, como demostraba que se hubiera ido con aquella mujer sin ni siquiera mirar atrás.

Skye no tenía ni idea de lo que estaría pensando Nick en aquellos momentos, pero seguramente la odiaba y no quisiera volver a verla.

Aquello la hizo llorar todavía más.

¿Por qué no se había comportado como el hombre maduro que él decía que era y se había quedado a hablar con ella?

No, había preferido irse con la rubia.

¿Y ahora qué iba a hacer? Era imposible volver a su vida normal porque todo había cambiado.

Skye se puso en pie y se dirigió a la ventana. Tenían una cena de ensayo de la boda Harrison-Brown en tres días y se iban a ver allí y,

desde luego, no se iba a quedar sentada esperando a que él hiciera el siguiente movimiento.

El último que había hecho le había dejado las cosas muy claras.

Si Nick Coburn no quería nada con ella, podría soportarlo.

Skye lo único que quería era seguir con su vida.

–Estás muy callado, Nick.

–Perdona, Sandra –contestó Nick apretando el volante con fuerza.

¿Qué le ocurría? Tenía a una preciosa rubia a su lado encantada de salir con él y no podía dejar de pensar en Skye y en su hija.

Maldición.

Era padre.

Aquello hizo que el pecho se le hinchara de orgullo y de emoción, pero también de miedo.

Skye tendría que habérselo contado. Merecía saber la verdad. Entonces y ahora. Sobre todo, ahora.

Ya no era el joven inmaduro e ingenuo que sólo pensaba en el trabajo y en sí mismo.

Ahora era más maduro y responsable, tenía un buen trabajo y unos ingresos seguros, podía hacerse cargo de una familia.

Miró a la rubia de reojo intentando comprender todo aquello. Ser padre no tenía por qué cambiar su vida.

Su vida tenía que seguir siendo normal.

Skye lo había juzgado y condenado sin ni siquiera haber oído su alegato y aquello lo enfurecía.

Si le hubiera dicho que tenía una hija, al menos, podría haber decidido lo que quería hacer, pero nadie le había dicho nada.

¡Y él diciendo bien alto y claro lo que opinaba de los compromisos, del matrimonio de la familia! ¡Creyendo que Skye opinaba lo mismo que él!

En cualquier caso, ¿con qué derecho se había llevado a su hija? No era justo. Aun así, se le encogía el corazón al pensar que Skye había dado a luz sola y se había ocupado de su hija hasta entonces sola.

¿Por qué le había dejado creer durante todos aquellos años que lo había abandonado por otro hombre?

Si hubiera hecho caso de su primer instinto y la hubiera ido buscar, habría descubierto la verdad y se habría quedado con ella, la habría amado y protegido, a ella y a su hija.

¿Por qué no le había pedido ayuda? Podría haberla ayudado económicamente, podría haber ayudado a criar a la niña.

Nick apretó las mandíbulas mientras aparcaba el coche en el aparcamiento del restaurante y sintió un profundo dolor en el pecho.

Le habría gustado estar al lado de Skye para tomar en brazos a su

hija recién nacida, le habría gustado verla dar sus primeros pasos, oírle decir sus primeras palabras y escuchar su risa…

–¿Has tenido un mal día en el trabajo? –preguntó Sandra–. ¿Estabas discutiendo con esa chica? Cuando he llegado, me ha parecido sentir cierta tensión entre vosotros.

Nick negó con la cabeza.

Ni podía ni quería hablar de aquello.

–Me temo, Sandra, que esta noche no soy buena compañía. ¿Te importaría que te llevara a casa?

–Claro que no, pero te aseguro que, si me dejas, te ayudaré a olvidarte de lo que te preocupa.

Nick miró a la rubia y se dijo que debía intentarlo.

Su vida no debía cambiar.

Así que se bajó del coche y le abrió la puerta. Al hacerlo, no pudo evitar fijarse en que Sandra llevado un vestido muy apretado que marcaba su cuerpo demasiado delgado y plano, nada que ver con el cuerpo con curvas de Skye.

Sandra lo tomó del brazo con fuerza, como si llevara un trofeo al lado, y entraron en el restaurante.

Nick no pudo evitar preguntarse si Skye volvería a estar orgullosa de tenerlo a su lado y se puso a recordar cómo se habían conocido y la dulzura con la que ella lo miraba entonces.

El maître los sentó en un rincón tranquilo, en una mesa para dos con velas.

–¿Qué me recomiendas? –preguntó Sandra mirando la carta.

–Me parece que no soy quién para recomendar nada a nadie –contestó Nick pensando en sus cosas.

–No seas modesto.

Nick la ignoró.

–Yo voy a tomar sopa, carne y mousse de chocolate.

El postre favorito de Skye era mousse de chocolate. Bueno, lo cierto era que le gustaba absolutamente todo lo que llevara chocolate.

Nick la recordó sentada en la cama con una caja de bombones en el regazo viendo una película de amor.

Aquellos sí que habían sido buenos tiempos.

–Háblame de ti –le dijo a Sandra mientras se tomaba un whisky.

Cualquier cosa para intentar dejar de pensar en Skye.

Mientras la rubia hablaba, Nick intentó concentrarse en sus palabras, pero no podía dejar de pensar en Skye y de preguntarse lo que estaría haciendo.

¿Y qué iba a hacer él? ¿Acaso tenía que hacer algo? ¡Por supuesto que sí! No podía hacer como que Skye no había vuelto a aparecer en

su vida, como que no se había enterado de que tenía una hija.

Tenía que tomar una decisión.

Mientras se comía la carne, se preguntó si Skye estaría dispuesta a darle otra oportunidad.

¿Y qué hacer? No estaba dispuesto a aparcar su carrera por el hecho de tener una hija y, además, aquello mataría a su padre.

–Espero no estar aburriéndote –dijo Sandra–. Llevas un buen rato sin abrir la boca.

–Perdona.

–¿Tienes un caso difícil entre manos?

–Sí, uno realmente difícil –contestó Nick.

Había hecho todo lo que había podido para convencer a Skye de que sólo quería con ella una aventura sin ataduras y ahora iba tener que hacer un esfuerzo sobrehumano para convencerla de lo contrario.

Había sido un imbécil por tratar a Skye como trataba a las demás.

¿Qué pensaría de él?

En cuanto terminaron el postre, llevó a Sandra a su casa.

–¿Quieres pasar y tomar un café? –le propuso la rubia.

–Gracias, pero no –contestó Nick bajándose del coche para abrirle la puerta.

–¿Por qué no? –insistió Sandra pasándose la lengua por los labios–. Anda, anímate –añadió mirándolo de manera inequívoca.

–Me halagas, pero la respuesta sigue siendo no.

–¿Por qué?

–Porque voy a sentar la cabeza –contestó Nick muy decidido.

Ahora, sólo le quedaba convencer a Skye.

Capítulo 17

Jugamos, mamá?

–Ahora, cariño –contestó Skye guardando los restos de comida en la cesta del picnic.

Así que así iba a ser de ahora en adelante. Holly y ella. Solas. Hasta que encontrara a otro hombre, claro.

La idea de salir con un hombre se le hacía insoportable. Ninguna de las citas que le había concertado su madre había salido bien porque ella tenía muy claro lo que quería.

Ahora que era obvio que jamás lo iba a tener, tenía que seguir adelante.

Mientras su hija se tomaba un zumo de naranja, terminó de recoger y se dijo que tenía que olvidarse de Nick.

Miró a su alrededor, a las demás familias que almorzaban en el parque, y las vio felices y se dijo que, algún día, ella también conseguiría ser feliz.

Entonces, se quedó helada.

Un hombre alto de andares familiares iba hacia ellas.

¡Nick!

–¿Qué haces aquí? –le preguntó nerviosa–. ¿Cómo te has enterado de dónde estábamos?

–Me lo ha dicho Chloe –contestó Nick encogiéndose de hombros–. Tenemos que hablar –añadió poniéndose en cuclillas a su lado.

–No es el momento ni el lugar –contestó Skye mirando a Holly.

La niña estaba sentada sobre la manta y miraba a Nick con los ojos muy abiertos.

–Si no os importa, me gustaría quedarme con vosotras un rato –dijo Nick sentándose junto a la niña–. Hola, Holly, ¿qué tal? ¿Te lo estás pasando bien?

Holly dijo que sí con la cabeza, tomó un tomate cereza de la ensalada y lo mordisqueó.

–Toma, esto es para ti –le dijo Nick entregándole un regalo.

–¿Para mí? –contestó la niña mirándolo con los ojos muy abiertos.

–Sí –sonrió Nick.

Skye se preguntó qué estaba haciendo, qué se proponía, cómo había cambiado tanto en tan poco tiempo.

–Por motivos ajenos a mi voluntad, me he perdido sus cumpleaños, pero, a partir de ahora, no pienso perderme ni uno más.

Skye sintió que el corazón se le encogía mientras miraba cómo su hija rasgaba el papel del regalo y sacaba un caballo de peluche blanco.

– ¿Qué se dice?
–Gracias –contestó la niña mirando a Nick.
–¿Te gusta? –sonrió Nick encantado.
La niña asintió con entusiasmo.
–¿Qué quieres, Nick? –le preguntó Skye preocupada.
–¿Por qué no puedo querer esto? –contestó Nick mirando a su alrededor.
–¿Esto? –se burló Skye–. ¿Pretendes que me crea que quieres jugar a la familia feliz?
–Me encantaría –contestó Nick mirándola a los ojos.
–Ya –contestó Skye sin parar de recoger–. Te debe de apetecer tanto como que te saquen todas las muelas. ¿Cuál es el juego?
–No hay ningún juego.
–Ya. Por si no te acuerdas, me dijiste muchas veces que lo más importante en tu vida era el trabajo.
–Skye, sólo quiero pasar tiempo con mi hija.
Skye no se podía creer lo que estaba oyendo. Era imposible que Nick hubiera cambiado de opinión. Era imposible que quisiera cambiar de vida y, además, seguía saliendo con mujeres altas y rubias.
–¿Quieres que vayamos a los columpios? –le preguntó Nick a Holly.
–Sí –contestó la niña–. ¿Se puede venir también el caballito, mamá?
Skye asintió y los vio alejarse con el corazón en un puño. Iban agarrados de la mano, cruzando la pradera. Aquello era lo que ella siempre había querido, que Holly conociera a su padre.
Sin embargo, el miedo a que Nick la abandonara, a que no estuviera con ella cuando lo necesitara, la atenazaba.
Skye terminó de recogerlo todo y decidió que no podía jugar a aquello con Nick porque no sería justo para su hija.
Mientras iba hacia ellos, que estaban divirtiéndose en el tobogán, decidió que sus sueños habían terminado, era imposible que los tres formaran una familia feliz.
Era madre soltera y punto.
–¿Qué tal tu cita noche? –le espetó mientras Holly jugaba en el césped con su caballito.
–¿La cita?... No era una cita... y...
–¿El gran Nick Coburn se ha quedado sin palabras?
–Soy humano.
–Ya empezaba a dudarlo.
–Ja, ja.
–¿Los caballito comen zanahorias? –preguntó Holly.

–Sí, les encantan las zanahorias –contestó Nick con ternura–. Quería preguntarte por qué no me contaste nada de… –añadió mirando a Skye–. ¿No creíste que te fuera a ayudar?

–No, todo lo contrario. Ése era, precisamente, el problema. Sabía que tu trabajo era lo primero en la vida y, en aquellos momentos, lo último que te convenía era un bebé –contestó Skye.

–¿Por qué no dejaste que eso lo decidiera yo?

–Tal vez, tendría que haberlo hecho –contestó Skye encogiéndose de hombros.

–¿Entonces aquello que me contaste de otro hombre era completamente mentira?

–Efectivamente. La idea partió de ti y yo sólo la seguí. Me pareció una buena manera de que te olvidaras de nosotras.

–Yo habría preferido que me dejaras escoger.

–¿Y qué habrías escogido? –suspiró Skye.

Nick se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

–Habría hecho lo que tenía que hacer. Me habría casado contigo y os habría dado un hogar.

–A mí me habría encantado, pero no era lo que a ti te convenía.

–¿Por qué dices eso?

–Porque lo sé.

Skye le había oído decir muchas veces que tener hijos era un lastre para la carrera profesional de una persona.

–Creíste saber lo que era bueno para mí entonces. ¿Y ahora?

–Ahora, nos veremos cada quince días –contestó Skye recogiendo los juguetes de su hija.

–¿Cada quince días?

Skye asintió.

–Sí, creo que así es el régimen de visitas, ¿no?

Eso era lo máximo que estaba dispuesta a ofrecer después del episodio de la rubia.

–¿Régimen de visitas? –exclamó Nick sorprendido–. Yo no estaba pensando en eso…

–Hasta luego –se despidió Skye tomando a Holly de la mano y dejando a Nick solo en el césped.

¿Qué había esperado?

Capítulo 18

Skye, hay un hombre esperándote en la puerta.

–No estoy esperando a nadie –contestó Skye saliendo al pasillo–. Nick, ¿qué haces aquí?

Al verlo, ataviado con un traje que le quedaba a la perfección y realzaba el azul de sus ojos, Skye sintió que se quedaba sin aliento.

–Me lo he pasado muy bien con vosotras hoy y he venido a hablar contigo –contestó Nick con resolución.

–¿Cómo? –exclamó Skye sorprendida.

–Sí, tenemos muchas cosas de las que hablar y prefiero que sea cuando la niña no esté delante.

¿Qué podía decir Skye? Lo cierto era que tenía razón. Lo malo era que se encontraba más vulnerable a él que nunca porque, verlo con Holly, con quien se había mostrado atento y cariñoso, la hacía soñar con poder ser una familia.

–Hola –saludó Holly asomándose por detrás de su madre con su pijama de ositos.

–Hola, Holly –contestó Nick arrodillándose a su lado–. Qué pijama más bonito llevas.

–Tengo un caballo –anunció la niña mostrándole el caballo que él le había regalado.

–¿No tienes sueño?

La niña asintió.

–¿Me lees un cuento?

–Claro que sí –contestó Nick mirando a Skye–. Mientras te preparas para salir, le voy a leer un cuento a Holly –anunció–. Chloe, ¿te importaría quedarte a dormir hoy y así cuidadas a mi... a Holly mientras yo llevo a su preciosa madre a cenar por ahí?

–Claro que sí –sonrió Chloe.

–¿Cómo te atreves? –exclamó Skye.

–Has estado de acuerdo en que teníamos que hablar, así que he agarrado la oportunidad al vuelo –sonrió Nick.

–Muy bien –suspiró Skye soltándose el pelo mientras pensaba que lo último que necesitaba aquel día era salir con Nick.

Sin embargo, apretó las mandíbulas y se dijo que no tenía opción. Nick se estaba comportando como si fuera un padre maravilloso, pero se iba a llevar una buena sorpresa cuando se diera cuenta de que hacerlo no era leer cuentos por las noches ni regalar muñequitos de peluche.

¿Quería ver a su hija? Muy bien, ella jamás se opondría a que

tuvieran una relación, pero tendría que respetar el régimen de visitas.

¿Pero por qué tenía que estar tan guapo?

Nick la estaba mirando fijamente.

–Creo que tengo derecho, ¿no? –le preguntó.

–Sí –contestó Skye.

–Entonces, todo en orden –anunció Nick tomando a Holly de la mano–. Llévame a tu habitación.

–Ojalá un hombre así de guapo me dijera a mí eso –le dijo Chloe a Skye en voz baja.

Skye asintió.

A ella también le encantaría.

¡No! ¿En qué estaba pensando? Aquello era imposible. La última vez, mira lo que había pasado. No se podía permitir el lujo de bajar la guardia con aquel hombre porque no sabía qué se proponía.

–Si quieres, mientras tú te duchas, te ayudo a elegir la ropa –sonrió Chloe.

–Muy bien –contestó Skye.

Cuando salió de la ducha, observó el vestido que Chloe había elegido para ella. Era largo y negro, de bordes asimétricos, algo ceñido y con tirantes.

Lo cierto era que le daba igual. No le importaba mucho la ropa pues Nick tenía a su rubia. Se recogió el pelo, se maquilló ligeramente y se puso un chal plateado a juego con el bolso y las sandalias de tacón alto.

Al acercarse a la habitación de su hija, oyó la profunda voz de Nick.

–... y el príncipe se arrodilló ante Cenicienta y le puso el zapato de cristal, que era de su talla.

Holly estaba profundamente dormida, así que Nick se levantó de la cama con cuidado, dejó el cuento sobre la mesilla, arropó a su hija y sonrió.

–Y fueron felices y comieron perdices –concluyó.

–Tú no crees en eso, ¿no? –susurró Skye.

–Sí y no –contestó Nick acercándose a ella–. Creo que es más difícil de lo que parece, pero no imposible.

Skye se quedó sin palabras pues no había esperado aquella contestación.

–Estás preciosa –la halagó Nick.

–No te he pedido tu opinión –le contestó Skye mientras bajaban las escaleras.

–No hacía falta –sonrió Nick.

–Pasadlo muy bien –les deseó Chloe desde el salón–. No os

esperaré despierta –añadió.

Skye no pudo evitar ruborizarse ante la insinuación de sus palabras, pero intentó disimular mientras seguía a Nick a su gran BMW negro.

Nick le abrió la puerta y se colocó al volante y Skye no pudo evitar fijarse en sus manos, grandes y fuertes, aquellas manos que habían recorrido todo su cuerpo en el pasado.

–Veo que te va bien –comentó mientras Nick conducía.

–Sí.

–No lo decía porque te vaya a pedir dinero –aclaró Skye dándose cuenta de que podría malinterpretar sus palabras.

–Ya lo sé.

Skye se quedó mirando por la ventana y se dijo que no debía haber salido con él, que se debería haber quedado en casa, donde acompañada por Chloe y Holly hubiera estado mucho más segura.

No quería que sucediera nada entre Nick y ella pues ya tenía suficientes problemas y, siempre que estaba con él, sentía un irreprimible deseo que no haría sino complicarle todavía más la vida.

–¿Dónde estamos? –le preguntó al ver que había parado el coche.

–En mi casa –contestó Nick bajándose del coche–. He pensado que era el mejor sitio para hablar.

Skye enarcó una ceja.

–¿Te crees que me voy a tragar eso? –le espetó sin moverse del sitio.

–Skye, eres la madre de mi hija –le dijo poniéndose en cuclillas en el bordillo–. Creo que ya va siendo hora de que empieces a confiar en mí. Te prometo que sólo vamos a hablar.

Skye decidió que, sintiera lo que sintiese por él, era cierto que debían hablar sobre la niña.

–No estoy segura –dijo sin embargo.

–¿Tienes miedo? –bromeó Nick irguiéndose.

Skye lo miró fijamente se dijo que ya no tenía veinte años y no era tan fácil de impresionar, así que no iba a caer en sus brazos.

Era cierto que tenían una hija en común y muchas cosas de las que hablar para aclarar la situación.

Aquello la aterrorizó.

Capítulo 19

No puedo, Nick.

Nick se quedó mirándola, intentando no fijarse en sus maravillosas piernas, intentando pensar en que realmente tenían que hablar.

–Sólo te estoy pidiendo que subas a mi casa para mantener una conversación adulta –insistió sorprendido ante su aparente calma cuando por dentro estaba completamente excitado.

–Eres un hombre egoísta, arrogante que no para de salir con mujeres –dijo Skye.

Nick enarcó una ceja.

–¿Te importa que salga con muchas? –bromeó rezando para que estuviera celosa.

–No, sí, lo cierto es que... bueno, lo cierto es que no parece que estés buscando el amor de verdad.

Nick se encogió de hombros.

–A lo mejor, ésta es la manera que tenemos los hombres de buscarlo –contestó Nick.

–Por favor.

Nick sabía perfectamente lo que Skye le estaba pidiendo, pero no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer tan fácilmente.

–No te entiendo. Fuiste tú la que me dejaste y te llevaste a la niña.

–Sí –contestó Skye a la defensiva.

–Sólo te pido un poco de tiempo para hablar. Te prometo que no haré nada que tú no quieras que haga.

Skye lo miró fijamente.

–¿Me lo prometes?

–Te lo prometo –contestó Nick–. Te he traído a mi casa porque quería que habláramos en un ambiente tranquilo, sin ruidos y sin interrupciones –le explicó.

Skye accedido a bajar del coche entonces.

Nick la siguió preguntándose cómo demonios iba a sobrevivir a estar a solas con ella con lo mucho que la deseaba.

No era ningún santo.

Al llegar a casa, cerró la puerta tras ella y Skye sintió un escalofrío por la espalda.

¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Se había vuelto loca? Sabía que no tenía suficiente fuerza de voluntad para resistirse a Nick Coburn.

–Tienes una casa muy bonita –le dijo pasando al salón y fingiendo interés en los muebles para no tener que mirarlo.

–Gracias, de la decoración se encargó Lisa –contestó Nick–. Lo

cierto es que se le da muy bien.

–¿Hace mucho que vives aquí?

–Un año más o menos, pero creo que me voy a mudar. Me apetece comprar una casa en las afueras con un gran jardín.

–Ah –dijo Skye mordiéndose el labio inferior.

No creería que podían formar una familia después de que se había ido con la rubia, ¿no?

–¿Quieres beber algo? –le preguntó Nick yendo hacia la cocina.

Skye se preguntó si estaba actuando sinceramente o si todo aquello formaba parte de un ritual de seducción.

¿Querría que bebiera para llevársela a la cama y hacerle el amor de forma apasionada durante toda la noche?

Skye se obligó a dejar de mirarlo.

–¿Té o café? –preguntó Nick.

Skye se dijo que era absurdo seguir teniendo aquellas fantasías estúpidas. Era obvio que Nick no quería seducirla. La había llevado a su casa para hablar.

–Té –contestó.

–Si prefieres, tengo chocolate –dijo Nick abriendo un armario mientras se quitaba la corbata.

–Fantástico –contestó Skye acercándose a la barra que comunicaba la cocina con el salón y sentándose en un taburete.

–¿Y bien?

–Y bien, Holly es mi hija y tú sabías que estabas embarazada cuando te fuiste –contestó Nick apoyándose en la barra por el otro lado–. ¿Por qué lo hiciste?

Skye tomó aire.

–Porque te habría destrozado la vida –confesó.

–No, perderte fue lo que estuvo a punto de destrozarme la vida –dijo Nick.

–Lo dices por decir –contestó Skye.

Aquello hizo que Nick suspirara.

–Holly es una niña preciosa y la has educado muy bien tú sola.

–Mi familia me ha ayudado –contestó Skye encogiéndose de hombros.

–Sí, yo también te habría ayudado si me hubieras dejado –dijo Nick con ternura.

Skye sacudió la cabeza y lo miró a los ojos.

–No quería que tuvieras que sacrificar todo aquello por lo que te habías esforzado tanto.

–Aquello fue una estupidez –contestó Nick–. No sabía lo que quería.

Skye se mordió el labio inferior.

–¿Por qué dices eso?

Nick alargó la mano y tomó la de Skye.

–Lo digo porque quiero que las dos forméis parte de mi vida.

–¿De verdad? –preguntó Skye esperanzada–. Hace cuatro años, no querías tener hijos. No creo que quisieras tenerlos ni siquiera ayer. ¿Cómo quieres que te crea?

–Estoy delante de ti y te lo estoy diciendo –contestó Nick–. Quiero que Holly y tú forméis parte de mi vida.

Skye se mojó los labios. No debía creerlo cuando lo que estaba en juego era el futuro de su hija.

–¿Estás dispuesto a ello a pesar del disgusto que le vas a dar a tu padre?

–Sí.

Skye tragó saliva.

–¿A pesar de que, si eliges pasar tiempo con nosotras, tu carrera profesional podría verse perjudicada?

–Sí.

Skye lo miró fijamente. Estaba contestando de manera adecuada, pero no debía dejarse engañar.

Por mucho que le dijera, no tenía manera de saber si lo iba a cumplir y lo último que haría en la vida sería arriesgarse a que su hija tuviera que sufrir el abandono y la pena que ella había sufrido.

–¿A pesar de que hasta ahora jamás habías querido formar una familia? –le espetó.

–Sí.

–Ya –murmuró Skye–. Puede que tú estés dispuesto a hacer todos esos sacrificios, pero yo no voy a permitir que los hagas.

Lo había hecho muy bien hasta entonces ella sola y podría seguir adelante aunque a veces se hiciera muy cuesta arriba no tener a nadie con quien compartir a Holly.

No quería correr el riesgo de que, algún día, Nick las despreciara y las odiara por haberle robado su libertad.

–No eres tú la que tiene que decidir –le dijo Nick–. Holly también es mi hija y merece tener padre.

Skye suspiró pues Nick tenía razón.

–Sí, pero se merece un padre que esté a su lado, que no salga corriendo a Europa detrás de la primera rubia con buenas piernas que pase.

Nick arrugó el ceño.

–No puedes juzgar a todos los hombres por lo que hizo tu padre.

–¿Por qué no? Tú juzgas a todas las familias por lo que ha vivido la

tuya.

–*Touché*.

Skye intentaba no dejarse llevar por el calor que irradiaban las manos de Nick, que todavía reposaban sobre las suyas.

–¿Entonces?

–Entonces, quiero que Holly y tú forméis parte de mi vida y al cuerno con las consecuencias.

–Nick, no... –dijo Skye con la voz rota.

¿Cómo podía hacerle entender que lo que había hecho había sido por su bien? En cualquier caso, le aterrorizaba la idea de no poder contar con él, de que entrara y saliera de sus vidas de vez en cuando, como había hecho su padre, que no había podido soportar la carga de tener tres hijas.

–Por lo menos, dime que no estás considerando la posibilidad de casarte con John –le pidió Nick.

Skye lo miró a los ojos y echó los hombros hacia atrás.

–John no tiene nada de malo.

–Me estás volviendo loco.

–Lo mismo te digo.

–Tenemos que hablar –insistió Nick preparando las tazas de chocolate–. ¿Ya tienes colegio para nuestra hija?

Oír que la llamaba así, la llenó de satisfacción.

–Sólo tiene tres años –contestó Skye agradeciendo el cambio de tema.

–Sí, pero en los buenos colegios hay lista de espera.

–¿Qué colegio te gustaría a ti? –preguntó Skye aceptando su taza de chocolate caliente.

–Hay un colegio privado en el barrio norte –contestó Nick–. Mis compañeras de trabajo dicen que es uno de los mejores de la ciudad –le explicó Nick sentándose en un taburete a su lado.

–Pero eso está un poco lejos –objetó Skye mordiéndose labio.

–Podríamos mudarnos a una casa que estuviera más cerca.

–¿Podríamos?

–Claro, todos juntos –contestó Nick dejando el chocolate en la barra y mirándola a los ojos.

–No puedo permitir que hagas esto –dijo Skye.

–Es lo que quiero hacer –contestó Nick tomando su taza y dejándola también en la barra–. No me quiero perder ni un solo minuto más de la vida de mi hija –añadió tomándole el rostro entre las manos–. Ni de la tuya tampoco.

–No lo dices en serio. Te conozco y sé que quieres llegar muy arriba.

–Claro que sí, pero en estos años me he dado cuenta de lo solo que estoy.

–¿Estabas solo con todas esas modelos a tu alrededor?

–Sí, a pesar de las modelos, de mi familia y de todos los demás, me sentía solo porque no te tenía a ti.

Skye sintió que las lágrimas amenazaban con resbalarle por las mejillas.

–No puedo cambiar el pasado por mucho que me gustaría hacerlo, pero puedo cambiar el presente.

Skye sacudió la cabeza con un nudo en la garganta.

–Por favor, Nick, no lo hagas. Piensa en tu padre...

–Mi padre no tiene nada que decir en esto. Es algo entre tú y yo –contestó Nick poniéndole un dedo sobre los labios.

–¿Y nuestra hija? ¿Qué parte juega ella en todo esto? Si no existiera, ¿estaríamos ahora mismo aquí hablando?

–Estaríamos aquí, pero no estaríamos hablando –sonrió Nick acariciándole el labio inferior con el pulgar.

Skye sintió un intenso calor en la tripa.

–¿Estarías hablando de compromiso y de vivir juntos si no tuviéramos una hija? –quiso saber Skye preguntándose si no estaría con una rubia.

–Skye, por supuesto que estaríamos aquí porque, desde que nos hemos vuelto a ver, he querido estar contigo –contestó Nick.

–Eso es deseo, no amor –le dijo Skye mirándolo a los ojos–. Me dijiste que querías tener una aventura sin ataduras conmigo, no una relación duradera, nada de compromisos, nada parecido a lo que ahora me estás proponiendo.

–Me comporté como un idiota porque creía que lo último que tú querías era estar atada a mí pues querías buscar un hombre con el que casarte. En cualquier caso, podríamos vivir juntos como amigos, criar a nuestra hija entre los dos si eso te hace sentirte más cómoda. Si no te gusto lo suficiente como para...

–No –lo interrumpió Skye.

–Lo entiendo –dijo Nick dejando caer las manos.

–No, no lo entiendes –dijo Skye acariciándole la mandíbula–. No quiero ser tu amiga, quiero mucho más –añadió besándolo y decidiendo que merecía la pena arriesgarse.

Aquello era lo que siempre había querido.

–Habíamos dicho que íbamos a hablar –murmuró Nick con voz ronca.

–Luego –contestó Skye poniéndose en pie y apretándose contra él.

Nick le pasó los brazos por la cintura y la abrazó con fuerza,

besándola por el cuello y acariciándole los pechos con deseo.

–Skye –le dijo besándola con pasión.

–Nick –contestó ella pasándole los dedos por el pelo.

Cuando sintió sus dedos jugando con sus pezones, Skye no pudo evitar estremecerse pues todo su cuerpo se moría por estar con él.

–¿Estás segura?

–Sí –contestó Skye sinceramente–. Sí, claro que estoy segura.

–No me puedo creer que esto esté sucediendo –dijo Nick mientras Skye se quitaba los zapatos.

Skye le sacó la camisa de los pantalones y deslizó las manos por dentro para acariciar sus maravillosos y fuertes músculos.

–Pues créetelo –le dijo presa de la pasión.

Los sueños se hacían realidad.

Nick la tomó en brazos y la condujo a su dormitorio, donde la depositó junto a la cama y comenzó a bajarle la cremallera del vestido.

–A lo mejor no deberíamos –le dijo.

–Claro que debemos –contestó Skye pasándole los brazos por el cuello y besándolo con ardor.

Nick le acarició la espalda y deslizó los tirantes por sus hombros hasta que el vestido cayó al suelo.

–Skye –exclamó mirándola de arriba abajo–. Hace mucho tiempo…

Skye se acercó a él y le desabrochó la camisa.

–Hace una eternidad que no hacemos el amor.

–Skye… –murmuró Nick tomándola entre sus brazos.

Skye le acarició la espalda y le desabrochó los pantalones y Nick le quitó el sujetador de encaje y tomó sus pechos en las palmas de las manos para jugar con sus pezones y seguir la estela de sus dedos con la lengua hasta hacerla gritar de placer.

–Oh, Skye –dijo Nick arrodillándose ante ella y quitándole las braguitas.

A Skye no le costó mucho bajarle los pantalones, que Nick desechó rápidamente, y pronto sus cuerpos se encontraron desnudos el uno contra el otro.

Entonces, Nick la besó con pasión, la tomó en brazos y la depositó sobre la cama. A continuación, se dedicó a pasear su lengua sobre sus pechos y sus pezones mientras Skye se estremecía de placer.

–Oh, Nick, Nick –jadeó al sentir su mano en la entrepierna.

Skye sintió que se le aceleraba el pulso y que los sentidos se disparaban ante sus caricias y sus besos.

Cuando sintió su pulgar en el clítoris, gritó de placer y le tomó la cabeza entre las manos hasta que sintió sus labios y su lengua en el

centro de su feminidad.

–Nick –gritó al cabo de un rato con una urgencia que hizo que él la entendiera perfectamente.

Nick se colocó entre sus piernas y se adentró en su cuerpo y Skye se sintió tan bien que le pareció que nunca se habían separado.

–¡Oh, sí, sí! –gritó con lágrimas en los ojos al llegar al orgasmo.

Nick la abrazó cuando el clímax lo sacudió a él y se tumbó a su lado. Skye apoyó la cabeza en su pecho, se deleitó en acariciar su un torso musculado y escuchó el latir de su corazón.

No se atrevía a preguntar qué sentía, no se atrevía a preguntar si la quería como en el pasado o si lo suyo iba a ser solamente una relación de conveniencia sin amor.

Todavía no lo quería saber, quería disfrutar de aquellos momentos aunque sólo fueran una ilusión.

–¿Quieres que hablemos? –le preguntó Nick apartándole un mechón de pelo de la cara.

–Luego –contestó Skye besándolo.

Capítulo 20

Nick se quedó mirándola.

Skye estaba tumbada en la cama a su lado, dormida.

¿Cómo había dejado que aquella mujer saliera de su vida? ¿Cómo había podido ser tan idiota como para no correr tras ella?

Por ser un bocazas y tener unos ideales profesionales más que cuestionables se había perdido cuatro años de la vida de Skye y toda la de su hija.

Estaba más que decidido a no volver a perderla, pero, ¿cómo la iba a convencer? Desde luego, lo que había sucedido la noche anterior no ayudaba porque tendría que haber ido poco a poco y no tan deprisa.

–Me tengo que ir a casa –anunció Skye estirándose.

–Sí –contestó Nick besándola en el hombro.

Tenía que volver con su adorable hija, así que Nick se quedó observándola mientras Skye se levantaba desnuda de la cama y se metía en el baño.

Al instante, la deseó de nuevo pero se dijo que no era el momento. Primero, tenía que hablar con ella para ver qué había significado lo de anoche.

Al cabo de un rato, Skye salió del baño con el pelo húmedo.

–¿Nos vamos a volver a ver o esto ha sido todo? –le preguntó.

–¿Por qué dices eso? –contestó Nick.

–Porque, a lo mejor, todo eso que me dijiste anoche de que quieres que la niña y yo vivamos contigo era mentira y lo único que querías era acostarte conmigo.

Nick sintió que la sangre se le helaba en las venas.

–¿De verdad crees eso?

–Contigo no sé qué creer –contestó Skye mirándolo a los ojos–. Me confundes. Eres el perfecto playboy, pero, de repente, me sales con que quieres formar una familia conmigo y con Holly –añadió encogiéndose de hombros–. Por eso, ahora que ya me he acostado contigo, a lo mejor ya no quieres nada más.

–Maldita sea –dijo Nick poniéndose en pie y acercándose a ella–. Por supuesto que quiero estar contigo, Skye. Todo lo que te dije anoche es cierto –añadió abrazándola.

–¿De verdad quieres formar una familia con nosotras? –insistió Skye apartándose.

–Claro que quiero –contestó Nick besándola.

–¿Quieres que quedemos luego un rato? –le propuso Skye.

–Hoy tenía pensado ir a ver a mi familia –murmuró Nick.

–Genial –contestó Skye acariciándole el pelo–. Tengo muchas ganas de verlos y seguro que la niña, también.

Nick sintió que el corazón se le encogía porque él hubiera preferido tener tiempo para preparar a su padre, sobre todo, teniendo en cuenta su estado de salud.

En aquel momento, la toalla en la que Skye estaba envuelta cayó al suelo y Nick se olvidó del resto del mundo.

Skye se dirigió a un rincón del jardín, saboreando la tranquilidad de alejarse de los Coburn un rato porque, al ser domingo y haberse reunido todos para comer, la algarabía era considerable.

Las hermanas de Nick se habían llevado a Holly nada más verla a jugar con los hijos de Robert.

Al ver la cantidad de columpios y de cosas para los niños que había en aquel jardín, Skye se quedó muy sorprendida y pensó que, desde luego, no parecía que a su padre no le gustaran los niños.

La noticia de que Holly era hija de Nick había caído como un jarro de agua fría y, aunque los demás se habían mostrado muy contentos, había una tensión entre Nick y su padre que todos percibían.

Skye había preferido irse disimuladamente bajo un árbol a observar cómo su hija jugaba con sus primos.

–No me digas que vas a tirar tu vida por la borda como tu hermano –oyó de repente Skye.

Era la voz de Harry Coburn.

Skye se dio cuenta de que estaba sentada junto a una ventana abierta.

–No es eso, papá –contestó Nick.

–Te estás encadenando a una mujer y a su hija justo en el momento en el que tu carrera despegaba –lo recriminó su padre tosiendo.

–La niña es mía.

–¿Seguro? ¿Cómo lo sabes? –le espetó su padre tosiendo de nuevo.

Skye se dijo que debía irse porque lo último que quería era que la sorprendieran escuchando, pero sus piernas se negaban a moverse.

Desde luego, no había sido su intención que la relación de Nick con su familia se estropeara por su culpa.

–No te sienta bien ponerte así –le dijo Nick a su padre.

–¡Tengo una buena razón para ponerme así! –exclamó Harry Coburn.

–Papá, no lo entiendes –insistió Nick pasándose los dedos por el pelo.

¿Cómo conseguir que su padre lo entendiera sin hacerlo sufrir y sin hacer que su enfermedad empeorara?

Nick era consciente de que era el único hombre de la familia Coburn que podía dejar una marca en el mundo.

La salud de su padre había empeorado mucho y los médicos les habían advertido que no le quedaba mucho tiempo de vida.

Nick suspiró. Lo último que quería era darle un disgusto.

–Los socios del bufete van a hacer socio a alguno de nosotros, pero ya sabes que son muy conservadores y esto es una buena manera de convencerlos de que yo soy el candidato perfecto –dijo acercándose a su padre.

–Entonces, ¿no le das la espalda a tu carrera?

–Claro que no.

–¿Pero y tus responsabilidades en casa?

Nick se encogió de hombros intentando disimular.

–Skye está acostumbrada a hacerse cargo de todo ella sola. Lo ha hecho durante cuatro años, así que no me va a necesitar. No voy a tener que estar todo el tiempo en casa con ellas jugando a ser el marido y el padre ideal.

–No sabes cuánto me alegro de oírte decir eso, hijo –contestó su padre–. Yo no tuve la oportunidad de llegar donde me hubiera gustado, pero uno de mis hijos tiene que conseguirlo como sea.

–Sí, papá, no te preocupes –contestó Nick dándole una palmada en la espalda.

Skye se dejó caer sobre el césped. La angustia le oprimía el pecho y le hacía casi imposible respirar.

Así que aquél era su juego. En lo más hondo de sí misma, sabía que Nick tramaba algo, pero no sabía exactamente qué.

Lo cierto era que en ningún momento le había dicho que la amara, pero le había prometido que estaría con ella. Evidentemente, su carrera profesional seguía siendo lo primero.

¡Qué ingenua había sido!

No debería haberlo creído jamás.

Seguramente, en cuanto consiguiera el ascenso que tanto ansiaba, las dejaría tiradas o, lo que resultaría todavía peor, llegaría todas las noches tarde a casa porque preferiría la compañía de una de sus estupendas rubias.

No se había equivocado dejándolo cuatro años atrás y ahora debía volver a hacerlo. Había sido una tonta romántica, pero ahora tenía que ser realista.

No iba a haber final feliz sino sólo la verdad.

–Estás muy callada.

–Sí –contestó Skye mirando por la ventana.

–¿Te pasa algo?

–Sí –contestó Skye cerciorándose de que Holly estaba dormida en el asiento de atrás.

–¿Qué ocurre?

–He estado pensando y he decidido que irnos a vivir contigo, que tener cualquier tipo de relación contigo, no es posible –contestó Skye.

–¿Cómo? –exclamó Nick agarrando el volante con fuerza.

–Podrás venir a ver a Holly cada dos domingos si quieres –le dijo intentando mantener la calma.

–Skye.

–Lo cierto es que puedes venir a verla cuando quieras –le dijo para no forzar la situación–. Si el trabajo no te lo impide, claro.

–¿Por qué me dices esto de repente? No lo entiendo.

–Me dejé llevar y te prometí algo que no podía ser –mintió Skye–. No eres lo que yo quiero.

Nick paró el coche ante su casa y se giró hacia ella.

–No parecías pensar lo mismo ayer por la noche.

–Ayer por la noche lo único que quería era... tu cuerpo –mintió Skye–. Me dejé llevar por la pasión, pero eso no es suficiente para entablar una relación duradera. Además...

–¿Además qué?

–Además, tengo a John.

Nick se quedó mirándola y apretó las mandíbulas.

–¿Y eso lo has decidido hoy?

–Efectivamente.

–No me lo creo.

–No hay nada que me impida cambiar de opinión cuando me dé la gana –le espetó Skye abriendo la puerta del coche.

–Teníamos un acuerdo verbal.

–Sí, pero accedí a él bajo la influencia del sexo –contestó Skye encogiéndose de hombros.

–Ya. Así que has diciendo que no quieres compartir la vida conmigo y que yo no puedo compartir mi vida contigo y con Holly, que sólo quieres que venga de vez en cuando a visitarla.

Skye asintió pues no podía hablar ya que lo que de verdad quería era besarlo por última vez.

Acto seguido, bajó del coche y tomó a Holly en brazos. Nick también bajó del coche, pero no dijo nada.

El silencio era peor que la conversación, pero Skye se dijo que estaba haciendo lo correcto, que Nick no las quería en realidad a pesar de lo que le hubiera dicho la noche anterior.

Lo único que estaba haciendo era lo que creía correcto para ellas, además de asegurarse el ascenso y Skye sabía que así no podría vivir.

Skye buscó las llaves en el bolso y se giró hacia él, que la miraba confuso.

–Nick…

–No, no digas nada. No te preocupes, creo que ya lo he entendido. No cumplo los requisitos de marido y padre ideal que tienes en la cabeza desde que tu padre os abandonó.

–Eso no es justo.

–Mira a quién se lo vas a decir –rió Nick con amargura–. Adiós, Skye –se despidió besando a Holly en la frente–. Que tengas una vida muy feliz.

Y, dicho aquello, Nick Coburn se giró y se fue.

Capítulo 21

Skye metió a su hija en la cama diciéndose que la vida no era justa.

¿Tendría razón Nick? ¿Se habría imaginado a un marido ideal por lo que había ocurrido con su padre? Probablemente, así fuera.

Skye no pudo evitar que las lágrimas le resbalaran por las mejillas al recordar a su progenitor, con el que jamás había podido contar, aquel padre que jamás le había mandado un regalo ni una carta y con el que no había tenido absolutamente ningún contacto.

¿Acaso estaba abocando a Holly al mismo destino? Tal vez, por su culpa, su hija se iba a criar sin padre porque era incapaz de comprender que Nick no encajaba con la imagen del padre ideal que ella tenía.

En ese momento, sonó el teléfono y Skye dejó que saltara el contestador automático.

–Skye, soy Nick. Perdona. Tienes razón. Llevo tanto tiempo comportándome como un playboy que no sé ni cómo se me ha pasado por la cabeza que quisieras tener algo serio conmigo. Sólo quería decirte que... si necesitas cualquier cosa, lo que sea, cuando sea, llámame. Te voy a mandar dinero todos los meses, me da igual lo que digas porque lo voy a hacer. Me gustaría mandarle también regalos a nuestra hija por su cumpleaños y verla de vez en cuando. De hecho, me gustaría veros a las dos de vez en cuando si no te importa. Llámame cuando quieras –se despidió.

Cuando colgó el teléfono, Skye se dejó caer sobre el sofá llorando.

La iglesia estaba preciosa para el ensayo de la boda Harrison-Brown.

Desde que había llegado hacía media hora, Skye se había puesto a organizarlo todo para no tener que pensar en que tenía que hablar con Nick, que estaba en el ensayo en su calidad de padrino.

La novia, Cynthia Brown, estaba ante el altar como si llevara puesto su vestido de novia, con los hombros echados hacia atrás, una gran sonrisa en el rostro y mirando a su prometido, Paul, como si fuera el hombre más maravilloso del mundo.

Skye sintió que se le formaba un nudo en la garganta ante aquella magia y no pudo evitar preguntarse si algún día le tocaría a ella.

Skye quería organizar su propia boda, que su hermana le diseñara un precioso vestido de novia, vestir a Holly de rosa con una gran cesta de flores y tener un hombre que la quisiera.

–Puede besar a la novia –anunció el ministro.

Cynthia y Paul se besaron y se giraron hacia ella.

–Muy bien, todo ha salido perfecto –les dijo Skye–. El sábado todo va a ir maravillosamente bien. ¿Alguna pregunta?

Nadie contestó.

–Muy bien, entonces, nos vemos el sábado por la mañana –se despidió Skye intentando sonreír.

Cuando el grupo se alejó, se acercó a Nick.

–¿Te importaría que habláramos? –le preguntó cruzando los dedos a la espalda.

Nick la miró como si fuera una desconocida, como si hubiera construido un muro entre él y el resto del mundo.

–Si te preocupa que la despedida de soltero se nos vaya de las manos, te prometo que tendremos cuidado –le dijo metiéndose las manos en los bolsillos.

–Me tranquilizas, pero no era eso –contestó Skye tomando aire–. Quería decirte que tienes razón.

Nick la miró intensamente.

–Tengo una versión idealizada de mi padre, la he tenido en la cabeza durante muchos años. Creía que sabía lo que quería para mi hija, pero ahora ya no estoy tan segura –le explicó encogiéndose de hombros.

–¿Qué me quieres decir con eso?

–Te quiero decir que quiero que formes parte de la vida de Holly. Eres su padre y, vivas como vivas o seas quien seas, lo vas a seguir siendo para siempre, así que no te voy a exigir que te pases todo el día con ella. Con que le puedas dedicar un tiempo de vez en cuando será suficiente. Si tú quieres, claro.

–Por supuesto que quiero –contestó Nick–. No hay nada más importante en la vida para mí.

–Excepto tu carrera profesional –murmuró Skye mirando al suelo.

Nick dio un paso hacia ella y la tomó de los hombros.

–No, ni mi carrera ni nada –le aseguró.

–Pero te oí decir que Holly y yo éramos la manera perfecta de que te concedieran el ascenso en el bufete. No me importa si eso te ayuda.

–¿Cómo? Skye... ¿oíste la conversación que tuve con mi padre?

–Sí –contestó Skye–. No pasa nada. Todo es verdad. Estoy acostumbrada a encargarme yo sola de la niña, así que no te voy a exigir que te pases el día entero con nosotras en casa jugando a ser el padre y el marido ideal.

–Skye, aquello no lo dije en serio. Lo dije porque no puedo soportar darle un disgusto a mi padre. Está muy enfermo y los médicos nos han dicho que no le queda mucho tiempo de vida.

–¿De verdad no lo dijiste en serio? –exclamó Skye mirándolo a los

ojos.

–Claro que no. Por supuesto que me interesa el ascenso, pero Holly y tú sois mucho más importantes.

–¿De verdad? ¿Cómo sé que no me estás mintiendo de nuevo? –sollozó Skye.

–Cree en ti misma y en lo que sientes –contestó Nick abrazándola y besándola–. No pienso separarme de ti. Por mucho que me quieras apartar de tu vida, no te lo voy a permitir.

–Pero por teléfono me dijiste que...

–Te dije lo que te dije para que no te sintieras obligada a nada, para que te sintieras cómoda con una relación abierta, pero te mentí.

Skye no pudo evitar sonreír entre las lágrimas.

–Me dio la impresión de que ibas a hacer lo mismo que hace cuatro años, que me ibas a dejar, pero esta vez estaba decidido a no permitírtelo. Estaba dispuesto a ir detrás de ti.

–Nick.

–No te voy hacer daño, Skye –le aseguró mirándola a los ojos–. Te quiero.

¡La quería!

Aquellas palabras hicieron que Skye olvidara los últimos solitarios cuatro años.

–Quiero que forméis parte de mi vida, la niña y tú. Quiero que seamos una familia de verdad.

Skye se preguntó si podía arriesgarse, si el amor sería suficiente. En el caso de sus padres, no lo había sido.

–No sé... ¿me puedes garantizar que no te vas a ir con una rubia de piernas interminables?

–¿Para qué iba a buscar a una rubia teniéndote a ti?

–¿Me puedes garantizar que...?

–Skye, no te puedo garantizar nada –la interrumpió Nick con suavidad–, pero lo que sí te puedo decir es que, si me quieres, tenemos muchas posibilidades de ser felices.

Skye tragó saliva.

–Claro que te quiero, Nick. Siempre te he querido.

–¿De verdad? –sonrió Nick encantado–. Entonces, ¿por qué me dejaste?

–Precisamente por lo mucho que te quería, porque no quería destrozarte la vida.

–Yo también te quiero demasiado como para destrozar la tuya, así que será mejor que accedas a casarte conmigo porque, de lo contrario, vas a tener de enemigo a un abogado muy enfadado –bromeó acariciándole la mejilla.

Skye tomó aire.

–Está bien.

–Entonces, todo está claro.

–¿Te apetecería que... tuviéramos más hijos... en el futuro? –le preguntó Skye besándolo.

–Por supuesto que sí –contestó Nick–. Me he perdido la primera infancia de Holly y quiero recuperarla –añadió tomándola entre sus brazos y sellando su amor con un beso que hizo que los sueños de Skye se convirtieran en realidad.

* * * * *